

# NOTICIAS SOBRE INSIGNES MUJERES GIENNENSES EN UNA OBRA DEL BACHILLER PÉREZ DE MOYA

Por Fernando Chica Arellano  
Bibliotecario del Seminario Diocesano  
de Jaén

## RESUMEN

El presente artículo analiza la obra *Varia historia de sanctas e illustres mugeres* de Juan Pérez de Moya (1513-1596), preclaro humanista del Siglo de Oro español. Se enmarca al autor en su tiempo y se estudia la doctrina de la mencionada obra así como el papel asignado en ella a la mujer.

## Abstrac

This article is a study of the work «*Varia historia de sanctas e illustres mugeres*» (*Diverse history of pious, illustrious women*) by Juan Pérez de Moya (1513-1596), a Spanish humanist who lived in the 16<sup>th</sup> century. An analysis is also made of the doctrine and suggestions included in the aforementioned work, as well as of the role of women according to the author.

## INTRODUCCIÓN

**E**NTRE las figuras más preclaras de la Diócesis del Santo Reino destaca el Bachiller Juan Pérez de Moya (1513-1596). Este ilustre giennense, nacido en Santisteban del Puerto y fallecido en Granada, ocupa un digno puesto entre los humanistas de nuestro Siglo de Oro (1). Sacerdote y polí-

---

(1) Sobre su vida y obra puede consultarse: A. VALLADARES REGUEIRO: «El Bachiller Juan Pérez de Moya: apuntes bio-bibliográficos», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 165 (1997) 371-412; F. CHICA ARELLANO: «Juan Pérez de Moya (1513-1596) en su vertiente de

grafo, hombre docto y versado en las cosas de Dios, es un ejemplo eximio de cómo la fe para nada empaña la razón, al contrario, la potencia y la eleva. Moya es una de esas figuras que se pueden citar para declarar cuán superada está la visión decimonónica que, sin matices, oponía ciencia y religión y presentaba a España como un exponente del retraso en que puede sumirse una nación cuando profesa la fe católica. Y es que, la tarea del investigador, no es regirse por prejuicios tan poco fundamentados como divulgados, sino sumergirse en las bases documentales para moverse sólo por la verdad histórica. Y, en este caso, como en otros muchos, Moya es uno de esos ejemplos que florecen cuando la rigurosidad en el trabajo se hermana con motivaciones trascendentes.

En la persona del Bachiller Pérez se vinculan, en notoria armonía, ciencia y virtud, piedad y cultura, amor a la sabiduría y al tesoro de la Escritura Santa. Todas sus obras demuestran que es un cultivador del ingenio en grado destacado. En ellas, el lector puede comprobar su altura de miras, su afán pedagógico, su erudición, el orden de su pensamiento, su implacable lógica y la asimilación fructífera de una diversidad de lecturas que él con soltura maneja como fuentes de inspiración. Es un hombre apasionado por la investigación y la difusión de los valores más nobles que anidan en el corazón humano, tal y como queda reflejado en su producción literaria. Ésta se inserta en la corriente de prosa didáctica que recorrió el siglo XVI español y que germina en una abundante floración literaria doctrinal durante la época de los Emperadores Carlos y Felipe. Con una intención erudita y doctrinal, sus representantes usan la lengua vernácula y abandonan el latín para transmitir el pensamiento (2). Sus miras aretológicas le llevan a realizar un acopio de datos que, en el caso de Moya y otros, no estaban destinados a constituir un tesoro privado. Por el contrario, su solicitud les indujo a compartirlo mediante la publicación de numerosos escritos de distintas temáticas y dirigidos a diversos colectivos.

---

orador sagrado», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 171 (1999) 147-198; L. LEAL Y LEAL: «El Bachiller Juan Pérez de Moya», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 70-71 (1972) 17-36.

(2) Abanderado en el uso del castellano como difusor de cultura será Fray Luis de León. Estos autores, paladines de la lengua romance, apostarán por dicha manera de comunicación como vehículo del pensamiento. Moya se suma así, con plena conciencia, al número de los escritores que incrementan la dignidad del idioma castellano como expresión fiel de las ideas más altas y sublimes, dejando para otros círculos el griego y el latín. Cfr. J. L. ABELLÁN: *Historia crítica del pensamiento español*, Ed. Espasa-Calpe, vol. II, Madrid 1979, 162-172.

En la Biblioteca del Seminario Diocesano de Jaén se conservan sólo algunas obras de la ingente producción del Bachiller J. Pérez (3). De la monografía que vamos a hablar en estas páginas, *Varia historia de sanctas e illustres mugeres en todo genero de vitudes*, por desgracia sólo tenemos una reproducción fotocopiada del volumen existente en la Biblioteca Nacional (R. 6306. Encuadernación en pergamino. Ex libris de la Condesa del Campo de Alange). Sin embargo, una copia impresa, aunque sin portada, existe en la provincia de Jaén, concretamente en Úbeda, en la Biblioteca particular de D. Natalio Rivas. Por lo que se refiere al resto del territorio nacional, pueden hallarse ejemplares en Palma de Mallorca, en la Biblioteca Pública del Estado (R. 20029. Encuadernación en pergamino. Ex libris ms. de Diego de Colmenares y de Calafat. Falto de 1 h. de prelim.); en la Biblioteca General de la Universidad de Valencia (Z-10/42) y, finalmente, en Madrid, en la Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano. Además contamos con una edición realizada en nuestros días. Me refiero a Juan Pérez de Moya, *Arithmética práctica y speculativa. Varia historia de sanctas e illustres mugeres. Edición y prólogo de Consolación Baranda*, Ed. Biblioteca Castro, Madrid 1998. Corresponde al segundo volumen, maravillosamente encuadernado y presentado, de las obras de Pérez de Moya editadas por la Fundación José Antonio de Castro (4). En el primer volumen encontramos otras dos obras

---

(3) Tenemos los siguientes ejemplares: *Filosofía secreta donde debaxo de historias fabulosas se contiene mucha doctrina provechosa a todos estudios. Con el origen de los ídolos, o Dioses de la gentilidad. Es materia muy necessaria para entender poetas y historiadores. Ordenado por el Bachiller Juan Perez de Moya, vezino de la Villa de S. Estevan del Puerto. Año 1673.* En Madrid, por Andrés García de la Iglesia. A costa de Francisco Serrano de Figueroa, Familiar y Notario del Santo Oficio y Mercader de Libros; *Aritmetica practica y especulativa del bachiller Juan Perez de Moya. Aora nuevamente corregida, y añadidas por el mismo autor muchas cosas.* En Barcelona, en la Imprenta de Rafael Figuro. Año 1703; *Aritmetica practica, y especulativa del bachiller Juan Perez de Moya, ahora nuevamente corregida y añadidas por el mismo autor muchas cosas, con otros dos libros, y una Tabla muy copiosa de las cosas más notables de todo lo que en este libro se contiene.* Décima cuarta impresión. En Madrid, en la imprenta de Joseph Otero. Año 1784.

(4) Lástima que la editora, ya que ha realizado tan buen estudio en su introducción, no haya culminado su obra con la elaboración de unos exhaustivos índices bíblicos, de fuentes, temáticos y de nombres que, sin duda, tan magnífico servicio hubieran prestado a la hora de consultar esta obra de Pérez de Moya. Éste al menos confeccionó una tabla, pero C. Baranda la reproduce sólo con los nombres, sin números que indiquen páginas. Hubiera sido de desear que, al menos, hubiera realizado la conversión de las páginas originales de Moya a las de su edición. Anotamos, además, que tiene una errata. En posteriores ediciones conviene corregirla. Me refiero a la página 906 de la obra de Baranda. En el capítulo LXXI dedicado a Cyane y Medulina, Baranda no ha reproducido la frase que Moya dedica a esta última y que dice: «Por este mismo pecado mato Medulina a su padre, según Plutarcho» (pág. 243r de la obra original de Moya).

de nuestro Bachiller: *Comparaciones o símiles para los vicios y virtudes y Philosophia secreta*. También está prologada y preparada la edición por C. Baranda (Madrid, 1996). Nosotros utilizaremos para nuestro comentario la obra conservada en el Seminario Diocesano, a la que nos hemos referido más arriba.

Nos hemos detenido en esta obra del Bachiller Pérez de Moya por lo singular de la misma. Por desgracia, con este volumen, nuestro autor no obtuvo mucho éxito. En efecto, su difusión fue escasa ya que se redujo a la primera edición y no volvió a imprimirse, tal como sabemos por los datos suministrados por A. Valladares (5).

En esta ocasión, Moya trata en lengua vernácula un argumento no muy común en la época, la condición femenina. Esta temática va destinada a la formación de la mujer a través de la propuesta de modelos destacados de conducta. En el elenco de damas que se recoge, la posible lectora encontrará, sin duda, una que le sirva en su itinerario existencial (6). Mientras Pérez

(5) Cf. A. VALLADARES REGIERO, «El Bachiller Juan Pérez de Moya: apuntes bio-bibliográficos», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 165 (1997), 403-405.

(6) Había otros libros, en tiempos de Moya, que trataban el tema de la mujer desde diferentes ópticas, por ejemplo: *Libro de Juan Baccacio que trata de las ilustres Mujeres*. Sevilla, por industria y expensas de Jacobo Cromberger alemán, 1538. *Suplemento de compendio breve y muy provechoso para información de los que no tienen experiencia de las mujeres y doctos que enseñan las buenas mujeres a los hijos sus hijos y de otras cosas tocantes a este propósito*. Compuesto por el bachiller Alfonso Martínez de Toledo Arzobispo de Toledo, Logroño, en casa de Miguel Espín, 1539. *Tratado en que se da a conocer las condiciones y propiedades de las mujeres, no por un Abreviador según usualmente traducción de latín, es traducido por un Doctor de Leyes*. 1546. *Proposiciones y declaración sobre el de las mujeres públicas desde su origen*. En Madrid en casa de Alonso Gómez, 1575. *Dialogo en honor de las mujeres*, traducido G. Baccaccio, libro de 1 partes... compuesto por Juan de Spinoza... Impreso en Milán en la oficina de Michel Tam, 1580. *Tratado con doctrina provechosa a la vida de Moya, según indican otros tratados sobre esta materia femenina en la línea de nuestro autor*. *Dialogo de la doctrina de las mujeres*. En que se enseñan cosas de su vida y algunas cosas que sepan. Traducido por Pedro Vilain de Tournes, Valambert, en casa de la tienda de Hieronimo de Saucronobroger, 1584. *Tratado en amor de las mujeres y de la Castidad*. Obispo de Combray, Siemra y Jacona, con otros muchos particularidades y otras Historias. Por Christiano Acosta de Venecia presso Giacomo Cocchi, 1587. *Libro intitulado tres portales de todas las cosas de las mujeres, y de qual se han sus particularidades y particularidades de ellas, para saber y conocerse de particularmente las mujeres en sus cosas*. Impreso en Alcalá de Henares en casa de Juan García, 1588. *Dialogo de las condiciones de las mujeres, y de qual se habla como se han de enseñar las buenas, notables y virtuosas, para saber y aprovechar de las que se si son*. Por Christiano de Castellan. En Alcalá en casa de Andrés Sánchez de Estrada, 1615. *Libro de Fortuna, en que se da noticia de algunas cosas de otras mujeres ilustres en virtudes, y otras notables en su vida, sus cosas y particularmente de su vida y de sus particularidades notables*

de Moya abordó cuestiones dedicadas a la ciencia en otras obras suyas, más propias de ser aprovechadas por varones, que eran los que cultivaban dichos campos, en estos paradigmas femeninos, la mujer halla vidas aleccionadoras que, mientras le suministran patrones aretológicos dignos de ser reproducidos, le proporcionan, además, por el género en que están escritas, datos históricos y culturales.

Su lectura, como el censor de la obra declara apenas comenzado el volumen, para las destinatarias, es *útil y apacible*. Nosotros añadimos que, además, es curiosa e instructiva. Como todo lo que salió de la pluma de Moya, se mueve por objetivos pedagógicos, didácticos e instructivos. Pérez de Moya más que distraer, busca formar y, como buen humanista que es, trata de divulgar la cultura y el saber y se convierte en un notario del pensamiento de la época en que vivió (7).

---

*de varios & graves autores pell Frey Luis dos Aujor, et chronista da ordem Agostinho. Impresso en Coimbra em casa do Nicolao Carvalho. 1626; Elogios de mugeres insignes del Viejo Testamento. Por Martin Carrillo abbad de Montaragon. En Huesca por Pedro Bluson. 1627; Memorial en defensa de las mugeres de España y de los vestidos y adornos que usan. Por el Licenciado Arias Gonçalo. En Lisboa por Antonio Alvares. 1636; Vidas de santas y mugeres illustres de el Orden de S. Benito, con varias noticias de diversos reynos y provincias. Autor Pedro de Ciria Raxls y Inojosa. Tres tomos. Impresos en Granada por Francisco Gómez Garrido, 1686-1691; Defensa de las mugeres, o discurso que sobre sus virtudes y sus vicios las dirige baxo del nombre de Eugenia D.J.C. vecino de esta corte. Madrid, en la Imprenta de Manuel Gonzalez se hallará en la librería del Castillo. 1786; Galeria de Mugeres fuertes escritas en frances por Pedro Mamoyne. Traducida al castellano por Julian Pombo y Robledo. En Madrid en la oficina de don Benito Cano. Dos tomos. 1794; Discurso filosófico y económico político sobre la capacidad o incapacidad natural de las mugeres para las ciencias y las artes. Por Vicente de el Seixo. Madrid (s.n.), (en la Imprenta de Repullés) 1801; Diccionario biográfico universal de mugeres célebres contiene las biografías de las santas y mártires y de todas aquellas que merezcan una mención especial en la historia política, social. Por Vicente Díaz Canseco. Madrid, (s.n.). 1844 (Imprenta de José Félix Palacios); Mugeres célebres de España y Portugal. Por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. Barcelona, casa Editorial Víctor Pérez. 1868.*

(7) Sobre la concepción de la mujer en su época y en las inmediatamente anteriores, pueden consultarse los siguientes manuales: M. ORTEGA LÓPEZ: «El período barroco», en: E. GARRIDO ORTEGA (ed.): *Historia de las mujeres en España*, Ed. Síntesis, Madrid, 1997, 249-344; G. CALVI (ed.): *Barocco al Femminile*, Ed. Laterza, Bari, 1992; R. DE MAIO: *Donne e Rinascimento*, Ed. Il Saggiatore, Milano, 1987; P. DRONKII: *Donne e cultura nel Medioevo*, Ed. Mondadori, Milano, 1986; G. DUBY-M. PERROT (eds.): *Storia delle donne in Occidente*, Ed. Laterza, 5 vols., Bari, 1990-1992; B. ENNIN: *Le donne nel Medioevo*, Ed. Laterza, Bari, 1990; L. SCARAFFIA y G. ZARRI: *Donne e fede*, Ed. Laterza, Bari, 1994. Moya cita numerosos personajes bíblicos femeninos. Sobre la concepción que la Sagrada Escritura tiene acerca de la mujer y los diversos temas que los planteamientos femeninos bíblicos han suscitado últimamente, publiqué una extensa bibliografía. Puedo consultarse en: F. CHICA ARRIJANO: «Boletín bibliográfico sobre el tema de la mujer en la Biblia, la Iglesia y la Sociedad», en: AA.VV.: *La mujer en la Iglesia y*

## PÓRTICO DE LA OBRA

El ejemplar que analizamos tiene esta presentación: *Varia historia de sanctas e illustres mugeres en todo genero de virtudes*. Recopilado de varios autores, por el Bachiller Juan Pérez de Moya, natural de la villa de Sant Estevan del Puerto. Dirigido a la S.C.R.M. de la Emperatriz doña María Infanta de España. Con privilegio. En Madrid por Francisco Sanchez. Año de 1583. A costa de Francisco López mercader de libros en corte. [8]. 328 h.; 8.º.

El *Imprimatur* fue dado un año antes por Diego Gracián, el cual declara: «He visto, y tornado a leer este libro, que me fue mandado ver, y me parece útil y apacible, y que se puede imprimir: porque no tiene cosa que offenda, en Madrid, a quinze de Diziembre de mil y quinientos y ochenta y dos años». Este censor fue un erudito del tiempo. Su nombre completo era Diego Gracián de Alderete, hijo de Diego García, armero mayor de los Reyes Católicos. En la escuela le cambiaron el apellido. Estuvo en contacto con Luis Vives junto al cual progresó en la literatura. Por su vasto saber y su conocimiento de idiomas fue nombrado secretario e intérprete del Emperador Carlos I. Se casó con Juana Dantino y vivió con ella cincuenta años, muriendo a la edad de noventa. Fue un buen traductor de los clásicos grecolatinos. Moya mismo lo afirma, casi al final de su obra, en el capítulo dedicado a las mujeres doctas en el arte de la pintura, donde refiere que Gracián tradujo las *Morales* de Plutarco (pág. 322v).

Viene después un índice de erratas elaborado por el granadino Juan Vázquez del Mármol. Este sacerdote estudió en Salamanca donde se licenció en Sagrada Teología. Capellán de la Capilla Real de Granada, fue nombrado Corrector general por Su Majestad. Hombre de letras e ingenio deslumbrante adquirió una enorme cultura, escribiendo numerosas obras, unas originales y otras traducidas del latín e italiano.

Posteriormente viene la tasación efectuada por Pedro Zapata del Mármol, que sabemos fue Secretario del Consejo de Su Majestad. Luego hallamos el Privilegio real con la firma del Rey y de Antonio de Eraso. Este último nombre lo encontramos también anejo al del Rey en las cédulas reales que

licitan otras obras de Moya: *Comparaciones o símiles para los vicios y virtudes* y *Philosophia Secreta*.

Una bien pensada dedicatoria hallamos inmediatamente después del privilegio. Pérez de Moya, con esta obra, rinde homenaje a una ilustre dama de la época, la hermana del Emperador Felipe II, la Infanta María. Por esta hija de Carlos I e Isabel de Portugal, Felipe II sentiría un especial afecto. Nació el 28 de junio de 1528 en el Palacio Real del Alcázar, en Madrid. Era un año menor que su hermano Felipe y se crió junto a él en Valladolid, ciudad en la que se casó en 1548 con su primo el archiduque Maximiliano de Austria, hijo de Fernando I y de Ana Jagellon, que sería posteriormente el Emperador Maximiliano II, en 1564, a la muerte de su padre Fernando, hermano de Carlos I y, por tanto, tío de Felipe II. La finalidad del matrimonio, pactado por los respectivos padres de los novios en Augsburgo, era compensar a Maximiliano por querer Carlos V otorgar la sucesión en el Imperio a su hijo Felipe, después de la muerte de su hermano Fernando I y evitar así las inclinaciones protestantes de aquél. Además, se garantizaba así la unidad de las dos líneas dinásticas. Luego los hechos no sucedieron de acuerdo con los propósitos.

Recibieron los jóvenes el título honorífico de reyes de Bohemia. El César Carlos designó a Maximiliano y María regentes en España durante su ausencia y la de Felipe, que entonces efectuó su primer viaje a Alemania. Cuando en 1551 regresó Felipe, Maximiliano y María partieron para Alemania. Los sucesos de 1552 hicieron fracasar el plan sucesorio previsto.

María se dedicó a la vida familiar y no intervino en política, logrando contener las antiguas inclinaciones libertinas de Maximiliano y en especial su oculta tendencia al protestantismo, en contraste con el ardiente catolicismo de su esposa. En 1562 Maximiliano fue elegido rey romano, en 1563 rey de Hungría y en 1564, como he señalado, obtuvo la dignidad imperial en Frankfurt. Después de la muerte de su marido en 1576, en Ratisbona, María permaneció en la Corte Imperial. Más tarde, en 1581, volvió a Madrid con su hija la princesa Margarita, de trece años de edad, que rehusó casarse con su tío Felipe II en quintas nupcias. Tras un largo viaje desde Praga, se estableció en unos aposentos del convento de las Descalzas Reales, monasterio que había fundado en 1559 su hermana doña Juana de Portugal y en donde profesó como clarisa su hija Margarita. Fueron ambas a Lisboa, recién conquistado Portugal, pero al fin quedó como virrey su hijo Alberto. Volvió entonces a Madrid.

María no profesó como religiosa, pero llevó una vida penitente como Terciaria Franciscana y se enterró en el mencionado monasterio madrileño. Aunque vivió sin boato regio, tuvo un numeroso séquito, en el que figuraron los hermanos Argensola y el capellán y músico Tomás Luis de Victoria. Por protocolo, todos los dignatarios que pasaban por Madrid estaban obligados a realizar una visita formal a María, infanta de España, antes de ver a cualquier otro funcionario (8). Murió la Emperatriz en Madrid el 26 de febrero de 1603.

Muy amiga de los jesuitas ya en Alemania, en Madrid María les dejó gran parte de su fortuna para su colegio fundado ya en 1560 y que desde 1572 tenía estudios de gramática, retórica y teología, con objeto de levantar de nueva planta el edificio, incluso la iglesia; pero las diferencias con sus hijos promovieron un fallo en 1609 que declaró a María patrona, fundadora y dotadora del colegio, que debía titularse Colegio Imperial y celebrar las numerosas misas encomendadas por ella; pero aún surgieron nuevos pleitos. En 1625 Felipe IV fundó unos Reales Estudios, que se instalaron en el Colegio Imperial. En su lugar hoy se levanta el Instituto de San Isidro y la Iglesia de la antigua catedral de San Isidro de Madrid.

La importancia en la esfera política de la Infanta María fue relevante no sólo en su etapa de regente, sino también cuando fue reina y emperatriz. Su poder se desplegó por medio de sus descendientes, algunos de los cuales se educaron en Madrid, junto a Felipe II, para que de esta forma captaran el talante de la corte española; de los dieciséis hijos que tuvo, ocho murieron, pero el resto alcanzó puestos significativos en las cortes europeas: Rodolfo, sucedió a su padre en el Imperio; Matías, sucedió a Rodolfo como emperador de Alemania y rey de Hungría y Bohemia; Maximiliano (1558-1618), gran maestro de la Orden Teutónica y electo rey de Polonia; Ernesto y Alberto fueron gobernadores de los Países Bajos; Wenceslao fue gran Prior de la Orden de San Juan; su hija Isabel, reina de Francia, y Ana, reina de España, esposa de su tío Felipe II (9).

(8) Cfr. H. KAMEN: *Felipe de España* (Madrid, 1998); F. CHICA CREMADES (dir.): *Felipe II. Un monarca y su época. Un príncipe del Renacimiento* (Madrid, 1998).

(9) Cfr. L. RIBOT-M. HERRERO (dirs.): *Felipe II. Un monarca y su época. Las tierras y los hombres del rey* (Madrid, 1998), 203; Cfr. s.v. G. BLEIBERG (dir.): *Diccionario de Historia de España*, Ed. Revista de Occidente, vol. II, Madrid, 1968, 912.

Pérez de Moya, en su dedicatoria, encomia altamente las cualidades de la Emperatriz, de quien destaca su excelso ingenio, su extenso saber, la profundidad de su consejo, su buen gobierno y la entereza de su fe que la llevó a defenderla y preservarla en el ámbito de su influencia.

Poniendo a una mujer de esta talla como protectora y favorecedora de su obra, nuestro Bachiller se podía defender, como en la misma dedicatoria relata, de todos aquellos que *expeliant humidat murmuraciones* y se dedicaban a minusvalorar el género femenino, considerando una pérdida de tiempo dedicar el ingenio a escribir sobre mujeres. Las cualidades y proezas de la Emperatriz, los altísimos cargos que desempeñó durante su vida —notorios en la época del Bachiller, y que él mismo no dejó de señalar como hemos visto—, eran el mejor escudo y la más óptima carta de presentación de su obra. Con esta amplia reseña de virtudes y proezas elaboradas por nuestro autor y encarnadas en una surtida galería de mujeres, tan diversa en estados, procedencias y quehaceres, podía Pérez de Moya, unirse a la corriente impulsada por el humanismo europeo renacentista tendente a ilustrar culturalmente a las mujeres y a adoctrinarlas en diversos temas, sobre todo en el referente a la moralidad y las costumbres. No olvidemos que así se conseguía un doble fin, a saber: recordando y fundamentando las obligaciones de las mujeres en sus distintos estados de vida, se estaba capacitando a las mismas con toda una serie de instrumentos noéticos que, posteriormente, les serían muy útiles en la labor educadora que tendrían que llevar a cabo como pedagogas de sus vástagos o dirigidos. Con mujeres bien dotadas y conscientes de sus altas responsabilidades formativas, saldrían hombres preparados para asumir las tareas que les concernían.

En el siglo XVI no se dudaba que, en el seno de las familias cristianas, la mujer ocupaba un papel trascendental como buena esposa y madre solícita de sus hijos. Los humanistas del momento eran sabedores de la vertiente social e institucional del matrimonio y partícipes de la concepción que entendía la familia como primera escuela, en donde la prole adquiere las coordenadas vitales más profundas e imperecederas, al ser la célula doméstica un semillero de valores religiosos y humanos. Estos escritores se convierten en paladines de un género literario que busca la instrucción femenina en aquellos campos que tenía asignados y que no se cuestionaban.

Un dato relevante del alto significado que en nuestro Siglo de Oro se le atribuye a la institución familiar lo constituye que mucha literatura de la época denunciara los atentados contra la familia y las desviaciones sexuales

como causa del crepúsculo de la monarquía hispánica. Había que vigorizar la célula familiar y la institución matrimonial para que la sociedad no se desmoronara. Por eso se robustece la mentalidad que ponía de manifiesto el aprecio por la mujer casada y su singular honor como madre ejemplar. Todo lo que favoreciera la procreación, la educación de la prole y la dignidad de las nupcias evitaría el que se multiplicara el desamparo de hijos recién nacidos —expósitos— a las puertas de templos y conventos. Se continuaba así la tendencia que, desde el siglo XIII, potenciaba el avance indudable del *status* de la mujer a través de la implantación de la monogamia, la prohibición del incesto, la reprobación de la fornicación y el adulterio y la implantación de que los bastardos estuviesen legalmente excluidos de la herencia de propiedades. En este sentido, el Concilio de Trento, vino a potenciar esta mentalidad positiva estableciendo el origen de la familia en la alianza matrimonial a través de la dignificación del sacramento del matrimonio. A partir de 1563, la cohabitación de los esposos sólo estaría permitida si se había celebrado el sacramento de las nupcias *in facie Ecclesiae*. De esta forma, se consigue un despeje de la condición femenina.

Si los hombres adquirirían una formación científica, jurídica, religiosa o literaria acorde con los quehaceres de gestión que tendrían que asumir, por su parte, ya no serían tan raras las excepciones de mujeres que recibieran una educación más cualificada en distintos géneros y saberes, formación que, de otro lado, las haría válidas en variados ámbitos y no sólo en realizar tareas en flancos hogareños o conventuales (10).

En definitiva, J. Pérez, con su obra, no hace sino confirmar que la mujer siempre ha estado en la historia, sólo hacía falta sacarla de su silencio, prestarle voz y despertar su memoria. Y esto es lo que consiguió él sobradamente con esta monografía publicada en Madrid en 1583.

## UNA TABLA Y UN SONETO

Antes de comenzar el cuerpo de la obra, aparece una tabla alfabética en donde se anotan según este criterio las mujeres de las que nos habla Pérez de Moya. Así nos permite la consulta porque, en el cuerpo del libro, éste no ha sido el criterio de enumeración de las mismas, sino otros que tienen

(10) Véase al respecto la magnífica monografía de la Doctora M. A. BEL BRAVO: *La mujer en la historia*, Ed. Encuentro, Madrid, 1998, 80-85.

que ver con el estado que tenían y las virtudes que encarnaron. De todas formas, a veces, se rompen estas normas y Moya amalgama sin más un relato detrás de otro sin un orden fijo. Ahora bien, la simple lectura de la tabla ya nos ofrece ese dato que hemos comentado. En efecto, J. Pérez no sólo considera como modelos de conducta, dignas por tanto de ser imitadas, a mujeres santas, no obstante éstas sean las primeras a la hora de la emulación; también hay otras mujeres, incluso coetáneas suyas, que pueden ser encomiadas por otros rasgos destacados de su vida, colmada también ésta de virtudes. Igualmente, no sólo se detiene en mujeres que conservaron intacta su virginidad, o formaban parte de monasterios, sino que también estudia mujeres casadas o conocidas por otras facetas, al margen de lo puramente religioso, en donde obtuvieron éxito por su valía. Tiene, para llevar a cabo esta empresa, que defenderlas, tal y como hace en la introducción a su segundo libro de esta obra, en el que, principalmente, se ocupa de estos otros casos: «Aviendo tratado de Martyres, Virgenes, y casadas, como las que en el precedente libro nombramos, hablaremos agora de mugeres tan señaladas en armas, gobierno y consejo, las quales si en numero no fueron tantas como los hombres, no seran las que aquí pusieremos inferiores, a los que en estas cosas mucho se exercitaron, porque si los hombres a quien naturaleza dio fuerças, son dignos de ser alabados, porque cometieron hechos nobles, y esclarecidos, justo es que si las mugeres hizieron cosas grandes, y tan famosas, que para los mismos varones fueran mucho difficiles, que deben ser tanto mas ensalçadas, y engrandecidas, quanto para ello son menos dispuestas» (págs. 201r-201v). Moya, con estas palabras participa del espíritu de la época que repartía las capacidades entre los dos sexos, asignando unas a los hombres y otras a las mujeres. Éstas de la gestión y el mando, estaban anejas a la condición masculina y, cuando alguna despuntaba en estas lides, inmediatamente se añadía a la hora de reseñarlo, como en el caso de Margarita de Austria, hermana de Felipe II, que lo hacía «con destreza y saber varonil» (pág. 204r).

Después encontramos un soneto, que no dudamos en reproducir, compuesto por el Licenciado Miguel de Medina, compañero de estudios de Pérez de Moya en Alcalá, «en loor del autor»: «No el insigne en piedad tan celebrado./ que en los hombros saco a su padre anciano/ (dulce carga) de aquel fuego Troyano./ deve ser quanto Moya eternizado./ No la grata cigüeña que ha pagado./ la gracia y beneficio casi humano./ su madre alimentando y padre cano/ ya del proprio sudor desconfiado./ No la tierna Cucupha aunque agradeze./ y gratifica el cevo de su cria./ quando le da la edad alçar

el buelo./ Tanta quanta el autor gloria merece./ pues que paga tambien lo que devia./ subiendo las mugeres hasta el cielo».

## UN PRÓLOGO PROGRAMÁTICO

Finalmente, y como remate de este pórtico a su obra, aparece un prólogo en el que Moya (págs. 9r-12v), ya de una manera más amplia y razonada, vuelve a exponer los argumentos que le han servido para ordenar su pensamiento sobre la mujer y exponer la perfección con que están dotadas. Su escrito quiere realzar la virtud y subrayar que ésta no es extraña a las mujeres aunque algunos sólo afirmen de éstas que por ellas nos vino a todos el mal. Generalmente, y era ya una tradición que contaba con centurias de existencia, era aceptado que la mujer tenía menos cualidades que el hombre, el cual era superior por motivos religiosos, de constitución física o dotes naturales o intelectivas. Con silogismos implacables defiende a mujeres que, secularmente, han sido propuestas como hontanares de desgracias o propagadoras de vicios, apartándose así del sentir común a su tiempo. De este modo, disculpa a Eva, a Elena de Troya, a La Cava (11), a la Reina Dido, a las hijas de Lot (cfr. Gén 19,6-8), a Tamar, nuera de Judá (cfr. Gén 38,1-30), a la hija del juez Jefté (cfr. Jue 11,34-40), a Ana, madre de Samuel (cfr. 1 Sam 1,1-2,11), y afirma Moya que, si en ellas hubo alguna deficiencia, más hay en los hombres y mayores son los bienes que los males que por ellas recibimos. Porque, continúa con su argumentación, «quantas cosas que no pueden los hombres, se alcançan por medio suyos» [de las mujeres]. Para demostrar esta función femenina como medianera de gracias, Moya aduce varios episodios bíblicos en donde se pone de manifiesto la astucia, diplomacia e intrepidez de distintas mujeres: Rebeca, madre de Jacob (cfr. Gén

(11) Era una dama de Egilona, hija única del Conde don Julián, gobernador de la Mauritania Tingitana. Aunque Pérez de Moya la cita, su existencia es muy dudosa, puesto que en los cronicones del rey don Alonso, de san Isidoro, y de Dulcidio, no aparece. No obstante, se la menciona en los textos de historiadores árabes como Abén-Adhari. El padre Mariana en su *Historia de España*, relata cómo La Cava fue deshonrada por el Rey don Rodrigo. Quejándose la hija de tal desafuero a su padre, el conde don Julián, éste llamó a los moros a España para vengar el honor de su hija. Los contemporáneos de Moya colocaban la causa de la invasión de España en la hija, que debía de haberse callado. Moya se alza contra esta manera de presentar los hechos y culpa totalmente de la invasión árabe de España no a la hija, La Cava, sino al padre, a don Julián. Ella fue buena porque no ocultó la ignominia que le había inflingido don Rodrigo. El padre Masdeu, en su *Historia crítica de España*, prueba cumplidamente que tal personaje femenino pertenece al mundo mítico-legendario. En nuestros días se sigue manteniendo este criterio.

27,5-46); la mujer de Tecoa (cfr. 2 Sam 14,1-20); Abigail, esposa de Nabal (cfr. 1 Sam 25,1-44); Débora, la profetisa (cfr. Jue 4,1-5,31). Con estos ejemplos nuestro autor termina su prólogo y llega a una conclusión que será la tesis que despliegue en su obra a través de numerosos casos más. Reproducimos sus palabras: «Concluyre con dezir que aunque las mugeres en fuerças naturales, en comun sean menos que el hombre, en el animo, y virtud en muchas cosas exceden a los hombres, a lo menos en cinco tienen ventaja. La primera en la materia: porque al hombre hizo Dios de barro, y a la muger, de la costilla de Adam, que estava junto al coraçon. La segunda, en que son mas devotas y fervorosas en el servicio de Dios. La tercera que son mas piadosas en todas las fatigas y necessidades del proximo. La quarta, que offenden menos a Dios, que los hombres: en los peccados que son mas graves, como son, los homicidios, blasphemias, perjurijs, setas y eregias. La quinta, que la muger no se pudo ensalçar mas que a ser madre de Dios, que por solo esto incluye en si dignidad infinita, y condena a los maldizientes en perpetuo silencio» (págs. 12r-12v). Impulsado por estos afanes, Moya teje en sus páginas una tupida red de relaciones familiares o eclesiales. Desde los albores de la historia hasta los años en los que vive el autor, el lector podrá encontrar representantes femeninas de distintas tipologías de servicios, roles o estados (madres, santas, penitentes, hijas, nobles, criadas, eruditas, guerreras, viudas, esposas). No aparecen mujeres desviadas de la mentalidad de la época, que, sin embargo, para algunos observadores, bien pudieran ser interesantes, como herejes, brujas, pícaras o delincuentes. Estas mujeres, transgresoras de los espacios eidéticos del momento, no podían ponerse, por su falta de acoplamiento a las posiciones doctrinales del autor, como ejemplos dignos de ser imitados.

Con esta obra, pues, Moya se incluye en el debate intelectual que, desde finales del siglo XIII, se centró en el arquetipo femenino. Este argumento se convirtió en polarizador de atenciones y fue desarrollando un interés cada vez más agudo, desembocando, en el siglo XIV, en posturas que se dividen en pro y en contra de la condición femenina. Esto genera una corriente bibliográfica dirigida, de una parte, a ensalzar las grandes virtudes femeninas o, de otra, a denostar a la mujer. Y, mientras la segunda tendencia, fue una constante en la Europa medieval, comienza a verificarse el abandono de este misogenismo en los albores de la Edad Moderna. En el siglo XVI, especialmente en España, maduró una óptica positiva del arquetipo femenino y se difundió un concepto simbólico de mujer como prototipo de virtud moral. En esta línea se mueve Moya con su obra sobre mujeres santas e ilustres.

Para que esto fuera posible, un punto de inflexión, puede individuarse en la obra *De claris mulleribus* del italiano Bocaccio, que fue la primera galería de mujeres ilustres en la historia de la literatura, pero escrita en latín, no en romance como la de Pérez de Moya. En ella aparecen biografías de damas altamente significativas por sus capacidades y virtudes (12).

Así pues, la obra de nuestro Bachiller tiene que circunscribirse en el marco de la cartografía ideológica de la época, y su hermenéutica no puede salirse de ella porque, lo que más perjudicaría al volumen del Bachiller Pérez sería una lectura superficial del mismo, carente de rigurosidad y tendenciosa por el manejo de tópicos. Por consiguiente, un libro de este calado, debe estudiarse con el espíritu con que fue escrito, sintonizando con los propósitos del autor y amoldándonos a los parámetros del momento. El peor servicio que pudiéramos hacer al autor es intentar juzgar su obra con esquemas y modas de nuestro siglo, desde presupuestos feministas o desde unos criterios meramente históricos o puramente ideológicos cuando los que movieron al autor son justamente postulados de fe y sus destinatarios eran, sobre todo, creyentes a los que él podía dirigirse en unos términos que, al margen del Evangelio, no se comprenden en su totalidad o pueden resultar distorsionados (13). Moya no tenía otros móviles que la elevación de las costumbres femeninas, la proposición a sus lectoras de caminos de santidad para que éstas, justamente, animaran a otras a transitar por esos mismos senderos. En definitiva, Moya con su libro, además de ser un canalizador y transmisor de cultura, no es sino un ministro de la palabra escrita, una evangelizador que utiliza los medios a su alcance para beneficio e instrucción de las damas de su tiempo. Él mismo lo afirma en la introducción del capítulo quinto del libro

(12) Existía una traducción en italiano que Moya pudo consultar. Cfr. *Libro de M. Gio. Boccaccio Delle donne illustri tradotto per Messer Gulseppo Betussi, con una additione fatta dal medesimo delle donne famose dal tempo di M. Giovanni fino à giorni nostri con la vita del Boccaccio*. In Vineggia per Francesco de gl'Imperatori. 1558.

(13) La Profesora de la Universidad de Jaén, Dra. Bel Bravo, afirma lo nocivo que es caer en el error de leer obras antiguas sobre la mujer con prismas modernos: «Prácticamente todo lo publicado hasta ahora sobre la mujer —y más directamente sobre historia de la mujer— está articulado según la óptica del feminismo, un sistema de trabajo marcadamente ideologizado —politicizado— que en determinados casos aclerta —sobre todo en algunas de sus denuncias— y en otros no tanto, porque obliga al lector a que contemple la historia de épocas pasadas, no sólo desde un enfoque filosófico muy concreto —los presupuestos de la Modernidad— sino desde la perspectiva actual, con lo cual se consigue un panorama deforme y nada real porque no se basa en la documentación, y por tanto termina siendo una sarta de tópicos y prejuicios»: M. A. BRU BRAVO: *La mujer en la historia*, Ed. Encuentro, Madrid, 1998, 42-43.

primero de los tres que consta esta obra sobre mujeres: «Ruego y amonesto a las que esto leyeren que pues mi intento es aprovecharles, procuren imitar a estas gloriosas mugeres en los fines que escogieron» (pág. 182v).

Si tradicionalmente los hombres fueron los protagonistas de la historia y, los rostros femeninos, permanecieron perdidos en el laberinto de los siglos, Moya, con este elenco interminable de nombres e historias de mujeres, equilibra la balanza y nos adentra en los confines de una historia total. Rescatar las caras de ilustres damas de la mano del Bachiller Pérez es acercarnos a la faz femenina de la historia, deteniéndonos peculiarmente en la vertiente eclesial, tan surtida de modelos, vertiente por lo demás que, en la mayoría de los casos, coincide, como es obvio, con el rico itinerario occidental. Revisar los grandes rasgos de estas biografías femeninas, resaltando, como es nuestro propósito, a las representantes giennenses, es realmente importante para una comprensión completa y serena del pasado, cuya rememoración es motivo y condición para un futuro de respeto y entendimiento entre géneros. Más aún, así conseguimos conocer casos de mujeres de nuestra tierra plasmados por Moya que, de otra forma, hubieran quedado sepultados por la losa de las centurias.

## FUENTES INSPIRADORAS DE LA OBRA

Una de las características de esta obra —que igualmente aparece en otras de Moya, cosa que lo asemeja a los humanistas de su tiempo—, es su vertiente enciclopédica, concepción ésta del saber que entiende la erudición no tanto como la originalidad creativa cuanto como el encadenamiento de datos y citas de autores precedentes. En este sentido, son muchos los estudiosos de las obras medievales y renacentistas que, salvo en raras excepciones, están de acuerdo en afirmar que los autores de estas épocas no estaban en condiciones de crear nada: se tiene por verdad que no necesita demostración que dichos autores tienen que haber bebido en uno o varios escritos de época clásica, que, a su vez, en Roma, tenían necesariamente que depender de autores griegos. Consecuentemente, el valor objetivo de unos y otros depende sobre todo de la calidad de las fuentes manejadas, estimándose como compilación la labor personal de los escritores más recientes. A estos efectos es de recordar que se entiende por fuente aquel texto, pasaje o rasgo de tema o estilo (y correlativamente el escritor al que se debe) que usa, literalmente o no, un escritor posterior para incrustarlo o adaptarlo en su propia obra. En nuestro caso, las opiniones que se manejan en nuestra obra, o las tesis que

Moya defiende, están avaladas por anteriores autoridades que él reporta en beneficio propio. De este modo, con el uso de las fuentes se pone de manifiesto la psicología de Moya. En efecto, las fuentes descubren las tendencias que más gustan a nuestro autor y la dirección de sus lecturas. Después de asimiladas, nuestro Bachiller las maneja según sus criterios y así las contamina, elabora, amplifica, reduce o, simplemente, se inspira en los materiales que toma como base para su trabajo. No obstante, la forma de utilizar las fuentes bibliográficas no tiene las coordenadas de exactitud, ni cumple los requisitos académicos que hoy se estilán. En efecto, muchas veces, Moya, como era costumbre en su tiempo, se contenta con aludir al autor de donde extrae el pensamiento que está proponiendo, pero no indica en qué obra se encuentra la idea precisa que en ese instante está utilizando. Más aún, con frecuencia, un mismo autor es citado de diversos modos, no apareciendo su nombre escrito de una sola forma, sino de varias, hecho éste que delata o bien la variedad de fuentes que reportan el nombre, o bien la prisa y el descuido de la citación o el que la fuente sea de segunda o tercera mano. En otras ocasiones, cita la obra donde se halla lo que a él le interesa, pero sin más referencias a páginas o capítulos, etc., y también aquí la obra aparece bajo diversas acepciones o bajo distintas formas. En definitiva, la precisión bibliográfica no es lo que importa; lo que cuenta, es la abundancia de materiales usados para construir un nuevo escrito pues, según el adagio latino, *libri ex libris fiunt*. Por consiguiente, un libro será más apreciado cuanto mayor copiosidad de fuentes incluya y cuantas más voces converjan en el mismo sentir del que las cita. De esta manera, y como muy bien afirma Baranda, «lo que sucede es que el deseo de recuperar la sabiduría de los clásicos e incorporarla a la sociedad de su época, vertiéndola en lengua vulgar, condiciona por completo el enfoque global de las obras, arrastra el propio discurso, y con este punto de partida sólo son posibles las críticas en aspectos puntuales, secundarios, que en ningún caso invalidan la concepción del mundo transmitida desde los clásicos. La actitud de Pérez de Moya, y la más extendida del humanismo del siglo XVI, está más próxima a la del recopilador de saberes que a la del científico en sentido moderno, por lo que no se puede esperar que cuestionen el modelo transmitido» (14).

Por tanto, el uso de fuentes de distinto valor no quiere decir que Moya simplemente gustara adornar lo propio con plumas ajenas o que la multi-

(14) J. PÉREZ DE MOYA: *Comparaciones o símiles para los vicios y virtudes. Philosophía secreta. Edición y prólogo de Consolación Baranda*, Ed. Biblioteca Castro, Madrid, 1996, XIII.

plicidad de manantiales que irrigan la obra de Moya sólo tuviera el propósito de manifestar el acervo cultural del autor. Este hecho, más bien, se encamina a un propósito buscado por Moya: el Bachiller de Santisteban se propone por este medio subrayar con energía su creciente veneración por el mundo antiguo. Es decir, la copiosidad de fuentes usadas pretende vincular sin fisuras, pasado y presente, estableciendo una fluida concatenación entre el ayer y el hoy, de modo que, como las opiniones defendidas por autores pretéritos y los postulados del momento no entran en liza en las líneas medulares, la cosmovisión que el autor despliega adquiere una nota de perennidad, un sólido cimiento y un valor permanente. De este modo, se manifiesta el sentir de los humanistas que pensaban que es más valioso lo que no cambia que lo mutable.

Como observaremos, el abanico de autores en que se basa Pérez de Moya para esta composición suya sobre mujeres famosas es bastante extenso. Encontramos escritores clásicos, bíblicos, poetas, historiadores, etc. También en la calidad de las fuentes, el espectro es amplio porque, como se ha apuntado, el autor es más bien un compilador, a modo del que elabora una síntesis o *summa*, que un descubridor que lega a los siglos venideros el fruto de su invención.

Con frecuencia, hemos detectado que Moya ni siquiera consulta los originales. Se ha valido de traducciones, o de libros que, a su vez, ya eran recopilación de autores, por lo que son, por así llamarlas, fuentes de segunda mano o fuentes intermedias. En este sentido, abundan los centones o elencos de biografías femeninas. En otros momentos, sabemos que la idea que Moya utiliza es prestada, pero no individuamos su hontanar porque Moya no refiere de qué pozo ha bebido, es decir, carecemos de indicadores que evidencien la procedencia. Esto se repite frecuentemente. Y es que, más que la innovación, como he dicho, lo que pretende nuestro Bachiller es la transmisión de saberes, o lo que es lo mismo, divulgar una serie de conocimientos comúnmente admitidos. Evidentemente, importa más el contenido del dato que el origen del mismo; tiene más significado el bien que produzca en el destinatario la enseñanza reseñada que su patronazgo. Porque luego, los destinatarios repetirían a otros para su edificación las historias que hubieran escuchado sin citar qué autor las elaboró, que esto, al fin y al cabo, sólo era una pincelada de erudición. Así, se cumple tanto el objetivo de convertirse en un eslabón más de la tradición cultural como el propósito misionero y evangelizador de la obra, que valora más el mensaje que el mensajero. De

igual manera, con tan poliédrico panorama de fuentes, queda bien reflejado el ambiente que desea Moya ofrecer en su trabajo: no son palabras vanas las que resumen el sentido de ésta como una mera restauración de las doctrinas y testimonios de los antiguos. Más bien, la nutrida lista de autores citados introduce a los lectores en una ambientación propicia a la lectura y en una veneración de los clásicos, no al modo actual, sino con lo que luego serán las técnicas y los objetivos del acceso a los grandes escritores.

Entre los autores de la antigüedad clásica, Moya se vale de Gorgias, Sócrates, Tito Livio, Cornelio Tácito, Suetonio Tranquilo (15), Plutarco (tiene un libro sobre *Mujeres ilustres* al que a veces cita Moya como *Claras mugeres*) (16), Virgilio, Valerio Máximo (17), Pausanias (18); Diodoro (19);

---

(15) Gayo Suetonio Tranquilo (70 d.C.-122 d.C.) escribió *De vita Caesarum*, doce biografías desde Julio César a Domiciano. Escribió también *De viris illustribus*, biografías breves de personajes relevantes en el campo de la literatura y la educación.

(16) Plutarco (50-120 d.C.), escritor de la época imperial, nació en Queronea de Beocia, dedicó muchas páginas de su copiosa producción a temáticas aretológicas articuladas tanto en escritos más abstractos como en el cultivo del género biográfico, de ahí que sea un autor muy usado por Moya. No faltan tampoco motivaciones pedagógicas en la pluma del griego, factor éste también muy en consonancia con el pensamiento de Moya. Sobre temáticas femeninas Plutarco nos dejó *Coniugalia praecepta*, *Mulierum virtutes*, *Consolatio ad uxorem*. Cfr. A. LESKY: *Historia de la Literatura griega*, Ed. Gredos, Madrid, 1976, 852-861.

(17) Valerio Máximo fue un historiador latino del siglo I de nuestra era, que floreció en el reinado de Tiberio. Después de un viaje a Asia regresó a Roma y llevó una vida consagrada al estudio que dio como resultado una obra titulada *De dictis factisque memorabilibus, libri IX ad Tiberium Caesarem Augustum*, en donde se recogen anécdotas y hechos históricos memorables, sacados de fuentes antiguas, a menudo sin crítica alguna y en estilo ampuloso. La obra de Valerio Máximo tuvo más de cien ediciones y se tradujo a diversos idiomas. En español se conservan: *Valerio Máximo. Dichos y hechos notables de los romanos y griegos. Traducido por Mosen Ugo de Urries* (Alcalá, 1529) y *Los nueve libros de los ejemplos y virtudes morales de Valerio Máximo, traducido y comentados en lengua castellana por Diego López* (Madrid, 1647 y 1654). Este autor es reiteradamente citado por Moya.

(18) Pausanias, escritor del siglo II, ha legado a la posteridad una obra periegetica. Sobre la vida del autor reposa mucha niebla, pero parece que fue de Lidia. Este autor, magnífico guía de peregrinos, fue a su vez un viajero incansable que en su obra nos habla como testigo ocular de muchas cosas y costumbres. Característico de él y de la época en que escribió, es su interés por todo lo relacionado con el culto, sobre todo con el culto primitivo y antiguo. Cfr. LESKY: *Historia de la Literatura griega*, 888-889.

(19) Diodoro († 36 d.C.), natural de Agirión de Sicilia, narró en los 40 libros de su *Biblioteca* la historia griega y romana, incluyendo en la narración la prehistoria mítica. Como poseemos poca literatura de carácter mitográfico, estas partes tienen un gran valor por su contenido. Cfr. A. LESKY: *Historia de la literatura griega*, 809.

Lucio Apuleyo (su obra *Asno de oro*) (20); Ovidio; Marco Aurelio; Estacio (21); Pomponio Mela (22); Vitrubio (23); Estrabón (24); Plinio; Marco Tulio Cicerón; Propercio (25); Quintiliano (26); Marcial (27); Eurípides; Marco Varrón (28); Crisipo; Nevio (29); Eratóstenes; Nicanor; Heráclito; Laercio (30); Filóstrato (31); Eunapio (32); Septimio (cita su libro de la *Guerra troiana*) y Palefato (33).

(20) Apuleyo (ca. 120 d.C.-ca. 170 d.C.) fue autor de las *Metamorfosis*, única novela latina que se ha conservado desde el período clásico. Apuleyo la llamó *Asinus aureus*. La obra, que tiene como protagonista a Lucio, trata de la transformación y restauración de las formas y las fortunas humanas. Cfr. E. J. KENNEY y W. V. CLAUSEN (eds.): *Historia de la Literatura Clásica* (Cambridge University), Ed. Gredos, vol. II (= Literatura Latina), Madrid, 1989, 838-846.

(21) Publio Papinio Estacio nació en Nápoles alrededor del 45 d.C. y allí murió en torno al 96 d.C. Además de cinco libros de poemas, titulados *Silvae*, escribió una epopeya poética en doce libros titulada *Tebaida*. Cfr. LESKY: *Historia*, 667.

(22) Fechas de nacimiento y muerte desconocidas, pero parece que escribió en la primera parte del principado de Claudio. Era español, de Tingentera. Su producción literaria versa sobre geografía.

(23) Vitruvio Polión, contemporáneo de Augusto, escribió una obra titulada *De architectura* en diez libros.

(24) Estrabón de Amasia en el Ponto (64 a.C.-19 d.C.) fue historiador griego. De él conservamos con lagunas su obra titulada *Geografía*. Se basa en otro escritor griego anterior, Eratóstenes de Cirene, Bibliotecario de Alejandría, que fue un polígrafo que nos dejó obras poéticas, filológicas, históricas y geográficas.

(25) Nació alrededor del 50 a.C., en Umbria. Estuvo muy relacionado con Ovidio Nasón (43 a.C.-17 d.C.) y murió no mucho después del 2 d.C. Escribió libros de elegías.

(26) Español de Calahorra, nació en el 35 d.C. y probablemente murió en el 95 d.C. Escribió la *Institutio oratoria*.

(27) Marco Valerio Marcial nació en la hispánica Bilbilis y murió también allí después de una prolongada estancia en Roma (38-104). Escribió doce libros de epigramas.

(28) Nació en 116 a.C. y murió el 27 a.C. Fue un autor muy prolífico.

(29) Dramaturgo griego del siglo IV del que conservamos una obra titulada *Corollaria*.

(30) Así cita Moya a Diógenes Laercio, escritor de la época imperial que nos transmitió en diez libros *Historias de los filósofos*.

(31) Filóstrato (160-244) llegó a Roma en el reinado de Septimio Severo pero posteriormente regresó a Atenas donde ejerció su actividad de sofista. Con toda seguridad se le atribuyen las *Biografías de los sofistas*. En ella Gorgias ocupa un lugar destacado. También se le atribuye una *Biografía de Apolonio de Tiana*. Cfr. A. LESKY: *Historia de la Literatura griega*, 869-871.

(32) Eunapio de Sardes (ca. 345-420) escribió una obra histórica en catorce libros que narraba lo acontecido desde 270 a 404. Este enemigo de los cristianos dedicó su obra a su amigo Oribasio, escritor de temas médicos y médico de cabecera de Juliano. Poseemos también como obra suya unas *Biografías de los sofistas*, que tratan sobre todo de los neoplatónicos. Están escritas en estilo muy artificioso, pero nos dan noticias sobre la vida y actividad de rétores y filósofos de Constantinopla y de las ciudades griegas del Asia Menor en el siglos IV. Cfr. LESKY: *Historia de la Literatura griega*, 884.

Entre los escritores cristianos, santos Padres y Doctores de la Iglesia, nuestro autor se inspira en san Jerónimo, san Agustín de Hipona (34), san Ambrosio de Milán (35), san Ignacio de Antioquía, san Gregorio de Nisa; san Gregorio Magno (36); san Juan Crisóstomo (37), Lactancio, san Anselmo; san Usuardo (38); san Eugenio de Toledo; san Isidoro de Sevilla; san Eulogio de Córdoba (39); Marcelo, discípulo de san Pedro; Beda Anglo Saxón (40) y san Pedro Crisólogo.

(33) Fue natural de Pazos. Vivió en tiempos de Artajerjes y compuso *Apista o las cosas increíbles*, que es un tratado de explicación naturalista o racional de la mitología y que se publicó en Venecia en 1505.

(34) En sus *Confesiones* se inspira Moya para elogiar las virtudes de santa Mónica, madre de este santo Obispo.

(35) Este santo Obispo de Milán es muy citado por Moya cuando relata biografías de vírgenes ya que Ambrosio escribió sobre el tema varias obras: *De virginibus*, *De virginitate*, *De institutione virginis*, *Exhortatio virginitatis*.

(36) El Bachiller Pérez cita de este autor varias veces su obra *Dialogi*. Son cuatro libros en los que Gregorio habla de la santidad de muchos personajes. Por lo general se tiende a reconocer, contra lo que antes comúnmente se pensaba, que los *Dialogi* no pueden ser considerados como género popular. Cfr. S. BOESCH GAJANO: «La proposta agiografica dei "Dialogi" di Gregorio Magno», *Studi Medievali 3 serie 21* (1978), 623-644.

(37) Sobre la concepción que este santo Padre oriental tenía sobre la mujer. Cfr. C. MILITELLO: *Donna e chiesa. La testimonianza di Giovanni Crisostomo*, Ed. Ofes, Palermo, 1985.

(38) Fue un monje benedictino francés, del siglo IX, que se ha hecho célebre por el *Martyrologium*, adoptado después, con pequeñas variaciones, en la Iglesia Universal. Murió hacia el año 877. A finales del siglo XV la obra de Usuardo estaba divulgada en todo Occidente, incluso en las basílicas de Roma. A partir de la invención de la imprenta se difundió ampliamente.

(39) Este escritor cordobés del siglo IX, sin pretenderlo, provocó un enfrentamiento entre el cristianismo y el islamismo. En esta polémica murieron algunos cristianos. Eulogio y otro sector consideraron a estos creyentes como mártires. Por negarse a renegar de su fe, el mismo Eulogio fue decapitado el 11 de marzo del 859. Su culto se extendió rápidamente por la Península. Fue un autor prolífico. Escribió varias obras referentes al martirio que Moya usa como fuentes. Nos referimos al *Memoriale sanctorum* por el que conocemos unos 46 relatos martiriales. Con el fin de preparar para el martirio a las vírgenes Flora y María, escribió en 851, el *Documentum martyriale* en el que describe el tránsito glorioso de estas dos cristianas. Otra obra importante suya fue el *Liber apologeticus martyrum*. Cfr. P. SÁIZ RODRÍGUEZ: *Antología de la Literatura espiritual española*, Ed. UPS-FUE, vol. I, Madrid, 1980, 331-347.

(40) Bajo esta acepción cita Moya, en la vida de Santa Bibiana (Lib. I, cap. I, art. XXI), al que otras veces refiere simplemente como Beda. Se trata de san Beda el Venerable (672-735), al que el concilio de Aquisgrán proclamó *doctor admirabilis* y que tuvo una importante actividad hagiográfica e historiográfica. Cfr. J. NICHOLSON: «"Feminae Gloriosae". Le donne al tempo di Beda», en: D. BAKER: *Sante, Regine, Avventuriere nell'Occidente medievale*, Ed. Sansoni, Firenze, 1983, 21-38.

Otros autores citados por el Bachiller Pérez de Moya son Simeón Metafraste; Antonio de Florencia; Sigeberto de Gemblours (41); Juan Lemayre (42); Juan Bouchet; Ariosto; Francisco Guichardino, que en el artículo CLX llama Juan Guichardino (43); Sabellico (su obra citada como *Exemplos*) (44); Tarcanota (45); el poeta Francisco de Guzmán; Fulgencio (46); Alejandro de Hales; Baptista Fulgoso; Ángelo Policiano (47); Nathalis Comitis; Higinio (cita su libro de *Fabulas*); Gelio Rodigino (48) y fray Lorenzo Surio (49).

(41) Escribió sobre hagiografía y biografía basado en la obra de san Jerónimo *De viris illustribus*.

(42) Moya algunas veces lo cita como Juan Lemayre, francés. Él es la fuente en donde se inspira a la hora de narrar vidas de ilustres mujeres galas (santa Icte, santa Begga, Blitilda, pág. 118r). A este cronista francés y a otros como Corrozet, Froissart o Gaguin, Consolación Baranda afirma que Moya no los leyó directamente sino que los usó como fuente de segunda mano. Cfr. J. PÉREZ DE MOYA: *Arithmética práctica y speculativa. Varia historia de sanctas e illustres mugeres. Edición y prólogo de Consolación Baranda*, Ed. Biblioteca Castro, Madrid 1998, XXXII. En efecto, de algunos de estos cronistas franceses se conocen traducciones en español de sus obras que muy bien Moya pudo consultar.

(43) Fue un historiador italiano nacido en Florencia (1483) y fallecido en el mismo lugar (1540). Estuvo de Legado en la corte de Fernando el Católico y su obra maestra es *Historia d'Italia*, que narra los hechos acaecidos de 1492 a 1534. Se publicó en Florencia en 1564 y alcanzó 10 ediciones.

(44) Marco Antonio Coccio (1436-1506), llamado *Sabellico*, fue un literato italiano, profesor de elocuencia y Bibliotecario de San Marcos en Venecia. Escribió una obra titulada *Exemplorum libro X*.

(45) Se refiere a Juan Tarcagnota (+ 1566), historiador italiano del siglo XVI. Vivió en Grecia y en Italia. Publicó *Historia del mundo, desde la Creación hasta 1513; Roma restaurada e Italia ilustrada; La ciudad de Nápoles*. Además tradujo obras de Plutarco y Galeno.

(46) Se trata de Fulgencio, obispo de Asti (Écija), hermano de Leandro, Florentina e Isidoro. Algunos falsarios de los siglos XVI-XVII, confundiéndolo con Fulgencio de Ruspe, le atribuyeron, entre otras inexactitudes, una obra de mitología. Cfr. J. F. RIVERA RECTO: «Encumbramiento de la sede toledana durante la dominación visigótica», *Hispania Sacra* 8 (1955) 13-19.

(47) Ángel Ambroginis, conocido por el sobrenombre de «Policiano» (1454-1494), fue un gran traductor de obras clásicas. Compuso trabajos filológicos como *Miscellaneorum centuria prima*. Era un experto compositor de versos latinos y griegos. La colección de sus cartas *Illustrium virorum epistolae* constituye uno de los documentos más interesantes para conocer la historia literaria de aquel tiempo.

(48) Ludovico Celio Rodigino (1450-1525) fue un literato italiano que publicó en Venecia, en 1516, su conocida obra *Lectionum antiquarum libri 30*.

(49) Fue un escritor ascético alemán (1522-1578), profeso en la Cartuja de Colonia. Escribió *Vitae sanctorum ab Alonsio Lipomanno olim conscriptae* (1570). Los santos publicados por Lippomani, en esta obra, consiguió purificarlos, corrigiendo el estilo de la composición y

Moya utiliza una fuente que él llama «Suidas». Se trata de una recopilación lexicográfica bizantina anónima de finales del siglo x. Por tanto, *Suida* no indica el nombre del autor, realmente desconocido, sino el título del léxico monumental. Esta obra nos proporciona noticias históricas importantes y abundantes para muchos autores y hechos ignorados (50).

El autor más usado por Moya en esta obra es Philippo Bergomense y su escrito *Suplemento de las Corónicas*. Cita sobre todo el libro octavo de dicho suplemento. En el artículo de santa Domitila, en vez de Philippo, lo llama Iacob Bergomense y a la obra la cita como *Suplemento cronicarum* (cfr. Libro I, artículo XXIX, pág. 53v). A este mismo autor, bajo el mismo nombre de Iacob, en el artículo siguiente, dedicado a santa Marciana, virgen y mártir, atribuye el *Libro de mugeres illustres* de donde ha sacado los datos correspondientes a este personaje (pág. 54r) y los correspondientes a Asella, virgen romana (págs. 98r-98v). En varias ocasiones, Moya, de este último libro saca varias historias de mujeres paganas y cita la fuente de esta forma: «De un incierto autor que anda en la obra de *Mugeres illustres* de Iacob Bergomense» (artículo CXXVI, pág. 155v. Cfr. también los artículos CXXVIII y CXXX). En el artículo de santa Potenciana y Práxedes aparece citado como Iacob Philippo Bergomense (Libro I, artículo XLV, págs. 84v-84v), nombrado también como fray Iacob Philippo Bergomense en el artículo dedicado a santa Isabel, hija del Rey de Hungría (art. XCII). Con el mismo apellido, Pérez de Moya refiere, en el artículo dedicado a santa Mónica (Libro I, art. LXXV), como fuente a un tal fray Pablo Bergomense.

Moya también cita como fuente a Alonso Fernández de Madrigal (1410-1455), filósofo, teólogo, escriturista, canonista y polígrafo eminente del siglo xv, conocido por el sobrenombre de «el Tostado», y también por el de «el Abulense», por haber sido obispo de Ávila. Fue catedrático de la Universidad de Salamanca, canciller de la misma y canónigo de la catedral salmantina. Su saber fue prodigioso. Se hizo famosa la frase «escribe más que el Tostado». Moya cita su *Comentario sobre Eusebio*, publicado en Salamanca en 1506. Esta obra y otra que escribió titulada *Tratado de los dioses de la gentilidad o las quatorze cuestiones* (Burgos, 1545), son dos libros de subido in-

---

suprimiendo los más dudosos históricamente para no dar motivo a la crítica protestante. Añadió, por el contrario, la vida de otro gran número de santos sacándola de manuscritos antiguos. Su obra fue muy conocida.

(50) Cfr. E. PERETTO: «Suida (o Suda)», en: A. DI BERARDINO (dir.): *Diccionario patristico y de la antigüedad cristiana*, Ed. Sígueme, vol. II, Salamanca, 1992, 2.048.

terés para entender el binomio cristianismo-humanismo en el primer Renacimiento español. En el primero declara muchos pasos sutiles para la inteligencia de la Escritura Santa, reduce a verdadero sentido literal las fábulas y fingimientos de los poetas y declara quiénes fueron aquellos antiguos dioses de quienes los gentiles afirmaban ser dioses y adoraban con reverencia. En el segundo, el autor hace un recorrido por la mitología, y critica su inadmisibilidad en sentido real y su maravilloso contenido poético (51).

Al obispo Eusebio de Cesarea en Palestina (265-340), amigo del Emperador Constantino, y a su voluminosa obra en diez tomos titulada *Historia Eclesiástica*, los cita muy a menudo Moya por el carácter documental de esta fuente. Aunque la *Historia* de Eusebio, que narra episodios desde la constitución de la Iglesia hasta la victoria de Constantino sobre Licinio (324), tiene deficiencias, sin embargo, posee el mérito indudable de ofrecernos textos y escritos desconocidos fuera de ella. También abundan en este trabajo vidas de mártires, obispos, herejes, etc. (52).

Moya utiliza la doctrina de Fray Diego de Estella en la *Vanidad del mundo* para ensalzar la virginidad (Introducción al cap. I, pág. 14). Este escritor ascético nació en 1524 y lleva como sobrenombre el lugar navarro que le vio nacer. Ingresó en los franciscanos. Entre los años 1565-1567 tuvo que soportar un proceso por parte del General de su Orden porque había denunciado en Roma la vida secularizada del franciscano obispo de Cuenca, Bernardo de Fresneda. Aunque con toda la razón, perdió el proceso y tuvo que retirarse al convento de san Francisco de Salamanca. Por idénticos motivos se vio envuelto en otro proceso a consecuencia del cual tuvo que retirarse al convento de Toro. Murió en Salamanca en 1578. El libro más famoso que escribió fue el que Moya cita. Está fechado en Toledo en 1562. Su doctrina entronca con la escuela de Ricardo de san Víctor. La espiritualidad de Estella tiene como punto de partida la negación de sí mismo para mejor poder llegar a la perfección cristiana que consiste en el amor. El escritor franciscano insiste mucho en el amor que transforma y afirma que todos nacen con vocación de amor (53).

---

(51) Cfr. J. BLÁZQUEZ: «Alfonso Fernández de Madrigal», en: Q. ALDEA; T. MARÍN, y J. VIVES GATELL: (dirs.): *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Ed. CSIC, vol. II, Madrid, 1972, 1390-1391.

(52) Cfr. EUSEBIO DE CESAREA: *Historia eclesiástica. Texto, versión española, introducción y notas por Argimiro Velasco Delgado*, OP, Ed. Católica, 2 vols., Madrid, 1973.

(53) Cfr. F. DE LEJARZA: «Nuevos estudios sobre Fr. Diego de Estella», *Archivo Ibero Americano*, 11 (1951), 359-377; P. SAGUÉS AZCONA: «Fray Diego de Estella. Principales fuentes

Repetidas veces encontramos el *Flos Sanctorum* de Alonso de Villegas (1534-ca. 1603), también con frecuencia referido como *Flos Sanctorum* de Toledo, v. gr. en la vida de San Cristóbal, mártir, para sacar noticias de Niceta y Aquilina (artículo CLXXVIII, págs. 195r-195v). Moya dice expresamente que a este autor lo sigue en la elaboración de la vida de muchas santas (54). Este autor toledano fue novelista y hagiógrafo. Es fácil que sus primeros estudios los realizara con el famoso humanista Alejo de Vanegas. Se ignora la fecha en que consiguió sus grados académicos. En la obra *Flos sanctorum* él mismo se declara como licenciado, sacerdote, teólogo, predicador y capellán en la Capilla de los Mozárabes de la Santa Iglesia Catedral Primada de Toledo. A partir de 1588 aparece como Beneficiado de San Marcos. Se desconoce la fecha de su muerte con exactitud. Por lo que respecta a la obra de Villegas, tantas veces mencionada por el Bachiller Pérez, sabemos que, con el título de *Flos sanctorum*, se venían publicando desde el siglo xv traducciones y ampliaciones de la *Legenda aurea*. Villegas para su composición se sirve, según M. Menéndez y Pelayo, de las obras de Lipomano y Surio, a quien también Moya cita. Habría que determinar lo que debe Villegas al franciscano Fr. Martín de Lilio, el cual publicaba en Alcalá en 1556 su *Flos sanctorum* y se reimprime en 1572. La obra del Maestro Villegas tuvo varias partes. El éxito de la Primera Parte fue grande. En vida del autor se conocen varias ediciones. De la Segunda Parte, la edición conocida es de Toledo en 1589. La Tercera Parte es de Toledo en 1588. Esta parte tuvo que ser expurgada por mandato de la Santa Inquisición. En esta parte Villegas había agregado a las vidas de los santos canonizados un apéndice de vidas de varones ilustres de los que piadosamente se creía que gozaban de Dios. Los Inquisidores mandaron quitar de esta parte lo referente a María Ajofrín, célebre monja portuguesa de las llagas. La Cuarta Parte no salió de Toledo sino de Madrid en 1589. Es un tomo de *Sermones de tempore* y de los Santos principales. La obra de este insigne toledano no resistió otro *Flos sanctorum* muy difundido, el que compuso el P. Ribadeneyra en 1599 (55).

---

de su "Libro de la vanidad del mundo", *Revista Española de Teología*, 38 (1978), 3-56; J. MARTÍNEZ DE BUJANDA: «Diego de Batella (1524-1578). Estudio de sus obras castellanas», *Anthologica Annua*, 17 (1970), 187-367.

(54) Esto lo afirma en el artículo XV del Lib. I dedicado a santa Juliana (pág. 33r).

(55) Cfr. R. M. DE HORNEDO: «Alonso de Villegas», en: Q. ALDEA; T. MARÍN MARTÍNEZ, y J. VIVES GATELL: (dirs.): *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Ed. CSIC, vol. IV, Madrid, 1975, 2.766-2.767.

Igualmente, Moya emplea con bastante frecuencia dos obras de Diego Rodríguez de Almella (1426-1491). Era éste un sacerdote murciano, que fue nombrado Arcipreste de Santibáñez y después alcanzó la dignidad de Canónigo en la catedral de Cartagena. Fue también capellán de Isabel la Católica. Moya nunca da su nombre de pila. Siempre lo cita como el «Arcipreste de Murcia». Se inspira en las dos obras que escribió. Una se titula *Tractado que se llama compilación de las batallas campales que son contenidas en las historias escolásticas* (Murcia, 1487). La otra lleva por título: *Tractado que se llama Valerio de las historias escolásticas* (Murcia, 1487). Usa otra fuente, de la cual tampoco menciona el nombre, sino que sólo refiere el cargo. Así, encontramos al arcediano de Ronda como manantial inspirador de los artículos dedicados a santa Casilda (Lib. I, art. XLVI) y a santa Eurosia (Lib. I, art. XLIX).

La *Vita Christi* del Cartujano la utiliza Moya para la elaboración del artículo LXXII del libro I dedicado a Santa Ana (págs. 103v-105r). No da más referencias. Puede que se trate de una conocida obra de Ludolfo de Sajonia († 1377), profeso de la Cartuja de Strasburgo y autor de la llamada *Liber de Vita Christi*. Fue muy leído este escrito. Santa Teresa de Jesús lo tenía entre sus predilectos (56). Pero, tal vez, puede referirse Moya a Juan de Padilla (1468-1520), conocido también por el sobrenombre de «El Cartujano» por haber sido miembro de la Cartuja de santa María de las Cuevas en Sevilla. Es uno de los mejores ejemplos de la literatura castellana. El nombre completo de la obra de Padilla es *Retablo de la vida de Christo*. Terminada en 1500 se conocen veinticinco ediciones de esta obra que fue tremendamente leída en su época (57).

Para la vida de Aglaes (artículo CLXXV), mujer penitente, utiliza la *Vida de Bonifacio* compuesta por Adón, arzobispo de Tréveris (58).

La fuente que emplea para santa Quiteria es litúrgica y es citada como «breviarios antiguos de España» (pág. 30v). Igual ocurre en otros artículos, como para santa Justina, virgen y mártir, pero en este caso Moya se vale del

(56) Cfr. G. PELLICIA, y G. ROCCA (dirs.): *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, Ed. Paoline, vol. II, Roma, 1975, 800.

(57) Cfr. I. M. GÓMEZ: «Juan de Padilla», en: Q. ALDEA; T. MARÍN MARTÍNEZ, y J. VIVES GATELL: (dirs.): *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Ed. CSIC, vol. III, Madrid, 1973, 1860.

(58) Cfr. W. P. ROMAIN: *Bonifacio. Precursore d'Europa*, Ed. SEI, Torino, 1991.

«Breviario reformado por el concilio de Trento» (pág. 42r), que era el que usaban los clérigos en la época del autor y que, en el oficio de Lecturas, llamado también «maitines», reportaba como lectura espiritual relatos hagiográficos. Las noticias de santa Liberata y sus hermanas las extrae Moya del «Breviario de la Iglesia de Ciguença, de quien reça y tiene en gran veneracion». Son, pues, santas pertenecientes al propio de una Iglesia particular (cfr. Libro I, artículo XXXII, págs. 55r-55v). Otra fuente litúrgica es el Martirologio Romano, de donde saca Moya las noticias que se dan de Santa Marta, hermana de la Magdalena (cfr. Libro I, artículo XL, págs. 73v-75r) (59).

Rafael Volaterrano y Vaseo son las fuentes que Moya utiliza para elaborar el artículo dedicado a santa Lucrecia (art. XXVIII). De Volaterrano, en su libro *Geografía*, se vale nuevamente para darnos noticias de Valasca, Reina de Bohemia (Libro II, pág. 208r). De una obra del segundo titulada *Chronica de España*, pero esta vez citado como Juan Baseo, se vale en el libro tercero para el capítulo dedicado a Rosvida (págs. 296r-296v).

La vida de santa Eufrosia y su madre las saca Moya de la llamada *Vitas patrum* (cfr. Libro I, artículo XXXIX, pág. 73v). En numerosas ocasiones más usa esta fuente porque era muy conocida en la época. Después de san Benito, los monjes medievales titularon con este nombre las colecciones de traducciones de las obras monásticas orientales, recopilaciones muy diversas correspondientes al *Gerontikón* de los griegos o al *Parafso* de los sirios. Son diez volúmenes escritos en latín y contienen una enorme colección de vidas y leyendas de santos (60).

La curiosa historia de la santa Eufrosina (art. XLVII), mujer que, disfrazada, se hizo pasar por varón bajo el nombre de Smaragdo para conservar su virginidad, la extrae Moya de Tiraquello, *De legibus connubialis*. También de este autor saca Moya las virtudes de Theodelinda (art. XCV).

Fray Domingo de Valtanás y Mesía, OP (1488-1568), con su tratado de *Mugeres illustres*, le sirve al Bachiller Pérez para componer, por ejemplo, la vida de Santa Lucía, religiosa dominica (págs. 95r-95v); o la de doña Teresa Enríquez (págs. 131r-133v). Era este fraile dominico de Villanueva del Arzobispo, enclave cercano al pueblo natal de Moya. Ingresó probable-

(59) Para todas estas fuentes litúrgicas, consúltese: J. M. PINELL; J. JANINI; J. VIVES, y A. ODRIZOLA: «Liturgia», en: Q. ALDEA; T. MARÍN MARTÍNEZ, y J. VIVES GATELL: (dirs.): *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Ed. CSIC, vol. II, Madrid, 1972, 1.303-1.330.

(60) Cfr. B. ALTANER: *Patrología*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1962, 221.

mente en el convento dominico de san Pablo de Sevilla y en él hizo su profesión. Estudió en Salamanca adquiriendo por esta época un buen renombre de vida ejemplar. En 1523, el arzobispo de Sevilla, Deza, le nombró rector del convento donde había ingresado. Su figura se encumbra en nuestro Siglo de Oro como fundador de numerosos conventos, como consejero del César Carlos I y autor prolífico en temas de teología espiritual. Los escritos de este religioso giennense se caracterizan por su erudición, originalidad y por la gran base humanística y teológica con las que aborda la solución de los diversos problemas que en su producción bibliográfica se analizan (61).

Otra fuente adoptada por Moya es el *Carro de Donas*. No sabemos el autor. De aquí, en el Libro I, saca las noticias de doña María, hija de los Reyes Católicos (artículo LXXXVIII); de santa Isabel, reina de Portugal (artículo XCI); de doña Teresa de Quiñones, mujer de don Fadrique, Almirante de Castilla (artículo XCIII); de doña Teresa Enríquez, mujer del comendador mayor don Gutierre de Cárdenas (artículo XCIII).

Para la vida y virtudes de Ángela de Foligno se inspira Moya en el libro que sobre la misma escribió para su devoción el cardenal fray Francisco de Ximénez, arzobispo de Toledo (pág. 135v). Este prelado no es otro que el insigne Francisco Jiménez de Cisneros, OFM (1436-1517), hombre de fama notoria por su celo pastoral, su relevancia política y su irradiación cultural. Gracias a su mecenazgo se realizaron en España muchas ediciones de literatura espiritual, escritos nacionales o extranjeros a través de los cuales se difundía y arraigaba sólidamente en la Península la literatura Bajo-medieval de la mística renana y de la *Devotio moderna* (62). Cisneros, además de las obras de esta beata, editó también las de Santa Matilde y Santa Catalina de Siena, presentándolas como modelo incluso para hombres. El arzobispo toledano y otros dominicos fueron autores que dignificaron el papel de la mujer en la Iglesia y en la universalización de la llamada a la perfección. Teresa de Jesús fue en este campo una auténtica avanzada (63).

---

(61) Cfr. M. CABALLEO VENZALÁ: *Semblantes en la niebla*, Ed. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1993, 57-61; A. HUERGA: «Domingo de Valtanás prototipo de las inquietudes espirituales en España al mediar el siglo XVI», *Teología Espiritual*, 2 (1958), 419-466.

(62) Cfr. J. GARCÍA ORO: «Francisco Jiménez de Cisneros», en: Q. ALDEA; T. MARÍN MARTÍNEZ, y J. VIVES GATELL: (dirs.): *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Ed. CSIC, vol. II, Madrid, 1972, 1238-1239; R. GARCÍA VILLOSLADA: «Rasgos característicos de la "Devotio moderna"», *Manresa*, 28 (1956), 315-350.

(63) Cfr. M. ANDRÉS: *La teología española en el siglo XVI*, vol. II, 557-561.

Como autores italianos muy citados encontramos a Juan Bocacio. Ciertamente en él Moya tiene una fuente de inspiración de muy reiterado uso. Por ejemplo, de él es de donde toma las noticias de Antonia la menor, hija de Marco Antonio (artículo CXIII); de Julia, hija de Julio César (artículo CXLII) y, en el libro segundo, de Mannia o Manica, reina de los egipcios (pág. 210r). Menos mencionado es el poeta Francisco Petrarca, que le sirve de fuente para la vida de María Puteolona (Libro II, pág. 217v). Si en Petrarca, aunque idealizada, la mujer es ya el centro del pensamiento del poeta, con Bocacio la mujer deja de ser un concepto metafísico o espiritual y se convierte en materia inmediata, en un ser real, próximo y concreto (64). A partir de la obra de Bocacio, el encomio de las virtudes de mujeres coetáneas a los autores, ya no es raro en las obras dedicadas a la formación femenina aunque, a menudo, tal elogio no tenga que referirse a la mención de una empresa inusitada llevada a cabo por tal o cual dama, sino que sólo contenga la referencia de anécdotas de la vida de dicha dama, o la mención simplemente de su talante. En otras ocasiones, la plasmación del nombre de dicha mujer no deja de ser una mera alabanza cortés o una referencia interesada. Moya, como Bocacio, menciona a contemporáneas suyas, pero la originalidad de nuestro autor es que estas damas no sólo eran pertenecientes a las capas más altas de la sociedad, sino también a otros estratos más simples, que se pueden incluir en el capítulo de «vecinas» o «conocidas». Y de estas contemporáneas relata tanto virtudes ejemplares como el mero hecho de existir, con lo que su mención las rescata del silencio de la historia.

Juan de Mena es otro poeta inspirador de Moya con su obra *Trecientas*. Le sirve al Bachiller para divulgar la historia de María Coronel y su salvaguarda de la decencia (cfr. artículo CXXI, págs. 153v-154r). Este poeta cordobés, nacido en 1411, es el más representativo de la corte de Juan II junto al Marqués de Santillana. Mena estudió en Salamanca donde debió adquirir el grado de Maestro en Artes. Juan II le nombró su secretario de cartas latinas. Fue también nombrado Cronista real. Murió el poeta probablemente en Torrelaguna en 1456. Juan de Mena es prototipo de hombre dedicado al estudio y a la creación de su obra. Nebrija lo conceptúa como el poeta por excelencia. Aunque escribió también obra en prosa, es sobre todo el verso el que le dio fama. Su obra más conocida se titula *El Laberinto de Fortuna*, también designado como *Las Trecientas*, debido al número aproximado de

(64) Cfr. J. L. ALBORG: *Historia de la Literatura Española*, Ed. Gredos, vol. I, Madrid, 1970, 223.

estrofas de que consta. Este poema alegórico se asemeja a la *Divina Comedia* de Dante. Está formado por un tema general de carácter mitológico y una serie de episodios históricos intercalados. El poeta, arrebatado por el carro de la diosa Belona, es transportado al palacio de Fortuna. Guiado por la Providencia contempla allí la máquina mundana y en ella tres ruedas: dos inmóviles, que representan al pasado y al futuro, y una en movimiento que simboliza el presente. Cada rueda consta de siete círculos influidos por los siete planetas, en los que va colocando el autor los más diversos personajes. En el pasado, Mena se detiene en personajes históricos y mitológicos; en la del presente, verdadera síntesis de la historia de España, retrata a poetas, reyes y magnates. Es aquí en donde relata el episodio de María Coronel, que se quemó por guardar su decencia antes de ceder a los deseos de don Pedro. En la rueda del futuro pronostica grandes éxitos a Juan II. Además del interés histórico de esta obra, es de notar su alto valor moralizante por el cual el autor no sólo pretende halagar el orgullo de la nación, sino mover a los castellanos a cobrar conciencia de su destino y a servirlo con el ejercicio de la virtud y el valor (65).

De otra cima literaria de la literatura española, saca Moya la historia de la mora y Saladín, contada en el artículo CXIX (págs. 151v-153r). En efecto, me refiero a don Juan Manuel, sobrino del rey Sabio, y nieto de san Fernando, que nació en Escalona, en 1282. Fue Adelantado del Reino de Murcia, señor de Villena y Alarcón y uno de los nobles más poderosos e influyentes de su tiempo. Siendo de avanzada edad se retiró al Monasterio de Dominicos de Peñafiel, que él mismo había fundado, para entregarse al reposo y al cuidado de su obra. Murió probablemente en el año 1349. La obra en la que se inspira Moya para su artículo está tomada de una de las más importantes escrita por don Juan Manuel. Se titula *El Conde Lucanor o Libro de Patronio*, y concretamente Moya se vale de la edición reformada por Gonzalo Argote de Molina. Esta obra del Infante es una colección de cincuenta apólogos en que se dan consejos para muy diversos problemas. Don Juan Manuel para su elaboración se valió de fábulas clásicas, libros árabes u orientales, crónicas, relatos bíblicos, etc., ahora bien no los plagia sino que los recrea y marca con su acento inconfundible. Como la del Bachiller, la intención del Infante es aretológica y didáctica. Con don Juan Manuel el apólogo deja de ser una utilitaria fábula moral y se convierte en un cuadro vivo

(65) Cfr. J. L. ALBORO: *Historia de la Literatura Española*, vol. I, 355-366.

de humanidad y gracia literaria. Su obra es un magnífico precedente del *Decamerón* de Boccaccio, pero apartándose de éste por el grave y viril concepto de la vida que posee don Juan Manuel y por su recia posición moral. Los cuentos de esta obra fueron reproducidos posteriormente por diversos autores como Calderón, Shakespeare, Cervantes y otros muchos (66).

También menciona Moya a Luis Zapata, con su obra *Carlo famoso*, que le sirve de inspiración para la historia de Isabel de Morales (art. CXX, pág. 153r) y de Teodora (pág. 225v). Fue la figura del Emperador Carlos V la que está a la base de esta obra de Zapata (Valencia, 1566). Este autor fue paje de la emperatriz Isabel y acompañó a Carlos y a su hijo Felipe II por Europa. Encerrado durante veinte años en una prisión por no haber vivido con la debida honestidad después de recibir el hábito de Santiago, tuvo tiempo para componer los veinte mil versos, repartidos en cincuenta cantos, de este poema suyo, que es un inmensa crónica rimada en donde narra las hazañas del monarca. Zapata se atiene al orden histórico de los eventos, desde 1522 hasta el fallecimiento del César. Entre los relatos históricos, Zapata introduce cuentos fabulosos para entretener al lector, a la manera de Lucano u Homero. Es, por tanto, un mosaico en donde se amalgaman hechos con mitos y relatos fantásticos (67).

Para la historia de la conversión de Madama Roxa (artículo CLXXXII, págs. 198v-199r) cita como fuente la obra de otro gran poeta, don Jorge Manrique, impresa en Sevilla por Alonso Picardo, año 1575. Concretamente se inspira en la composición manriqueña titulada *Caso muy memorable de la conversión de una dama*, que se editó reiteradamente junto a las famosas *Coplas a la muerte de su padre, el Maestre don Rodrigo*, una de las creaciones líricas más profundas y bellas de nuestra literatura y que sirvieron para inmortalizar a Manrique (1440-1479) (68).

Se basa en la *Historia de Ciro*, sin citar el autor, para hablarnos de la hija de Demotio y Panthea (artículo CXLVII). Para los datos que suministra

(66) Cfr. J. L. ALBORG: *Historia de la Literatura Española*, vol. I, 280-297; A. PALMA CHAGUACEDA: *El historiador Gonzalo Argote de Molina*, Ed. CSIC, Madrid, 1947; D. ALONSO: «Crítica de noticias literarias transmitidas por Argote», *Boletín de la Real Academia Española*, 37 (1957), 63-81.

(67) Cfr. J. L. ALBORG: *Historia de la Literatura Española*, vol. I, 941-942.

(68) Cfr. A. CORTINA: *Jorge Manrique. Cancionero*, Ed. Gredos, Madrid, 1966.

de Laercia, mártir (artículo CLXXVII), utiliza a Gilles Corrozet y sus *Antigüedades de París* (69).

En el libro segundo, debido a los casos que relata de mujeres preclaras por sus dotes de gobierno, cambia el uso de las fuentes. Aparecen más datos históricos y Moya emplea, por ejemplo, *la historia de don Fernando y doña Isabel*, de Antonio de Librixa (Lib. II, cap. I, págs. 201v-204r) (70). Para Margarita, reina de Inglaterra, se vale del historiador francés Froisard y del inglés Thomas Moro, posteriormente santo (págs. 208r-209r). Para una paisana suya, doña María de Mendoza, condesa de Santisteban, usa como referencia a Gonzalo Argote de Molina y su *Historia de Baeça* (págs. 223r-223v) (71). Igual fuente usa para lo que se cuenta de doña Sancha de Valenzuela (págs. 224v-225r). En cambio, para el relato sobre la Alcaldesa de Martos, se vale de la historia del rey don Fernando III (págs. 224r-224v). Para algunas ilustres mujeres, contemporáneas del autor, como el caso de Margarita de Austria, hermana de Felipe II, no usa fuente porque el talante de esta y otras damas, es «tan sabido de todos, que solo servira de cansancio el dezillo yo aquí» (pág. 204r). Igual criterio sigue para doña María Manrique y doña Mencía de Mendoza, su hermana, conocidas en la época. Moya es muy parco en loarlas porque «las cosas grandes, y a todos notorias, mucho mas se encarecen callandolas, que pregonandolas» (pág. 224r). De doña Catalina de Lasanz, relata un suceso acaecido en 1581, y del que vendría a saber por tradición oral. Moya dice que, dos años después, en el tiempo en que se imprime el libro, esta dama tendría veintidos años (cfr. pág. 226v). Por tanto, no necesita fuente escrita.

---

(69) Gilles Corrozet (1510-1568) fue un escritor francés. Su obra más famosa, de la que existe traducción española es: *La fleur des antiquites, singularites et excellence de la plusque noble et triomphante ville et cité de Paris, capitale du royaume de France* (Paris, 1532). Moya la cita de forma abreviada.

(70) Éste no es otro que Elio Antonio de Nebrija, también conocido por Lebrija o Martínez de Jarava (1444-1532). Fue cronista de los Reyes Católicos y Profesor en Salamanca y Alcalá, además de un gramático de conocido renombre.

(71) Este Gonzalo Argote de Molina (1549), fue un literato y bibliófilo sevillano, que publicó *Historia de la nobleza andaluza* (Sevilla, 1588), *Historia de las ciudades de Úbeda y Baeza*, citada por Moya, y otras composiciones suyas, que se hallan en el tomo IV del *Parnaso Español*. Argote imprimió la obra de don Juan Manuel, *el Conde Lucanor*, también citada por Moya. A esta edición le agregó una disertación sobre la poesía española y una biografía de don Juan Manuel. De Pérez de Moya, Argote editó su obra *Sylva, Eutrapelias id est comitatis, et urbanitatis, ex variis probatae fidei Authoribus, & vitae experimentis* (Sevilla, 1579). Cfr. VALLADARES: «El Bachiller Pérez de Moya: apuntes bio-bibliográficos», 387-388.

Para la historia de Juana Pulcella (lib. II, cap. XXVI, pág. 222v) se sirve de Valerando Varanio y Roberto Gaguino en el libro de la *Historia de los reyes de Francia* (72). Para doña Blanca, reina de Francia, también usa a Gaguino, del que dice que es historiador, pero no alude a obra alguna suya (pág. 204v).

Para la historia de una judía de Calahorra (pág. 229r) se sirve de la obra de Alonso de Palencia, las *Décadas de España* (73). De doña María de Nidos (pág. 233r) apenas nos dice nada, sólo que consultemos lo que ampliamente de ella relata Alonso de Ercilla y Zúñiga en su obra épica de tema americano titulada la *Araucana* (74). Para la historia Cyane (págs. 242v-243r) recurre a Desistheo y su *Historia de Sicilia*. Para Alejandra (págs. 251r-251v) utiliza al historiador judío Josepho en su obra *Antigüedades* (75).

Para la composición del capítulo dedicado, en su libro segundo, a las amazonas (págs. 251v-253r), legendario pueblo de mujeres guerreras hijas

(72) Roberto Gaguino o Gaguin (1425-1501) fue un cronista francés, profesor de la Sorbona y Bibliotecario Real. Su obra maestra es *Compendium de origine et gestis Francorum* (París, 1495). Dejó también una crónica de la Orden de la Santísima Trinidad de la que fue General a partir de 1475.

(73) Alfonso de Palencia, nacido en Osma, en 1423, tuvo una sólida preparación humanística. Pasó muy joven a Italia, donde figuró entre los familiares del cardenal Bessarion y los discípulos del humanista Jorge de Trebisonda. A su regreso a España sucedió a Mena en el cargo de secretario de cartas latinas de Enrique IV. Se pasó después al bando del infante don Alfonso e intervino en las negociaciones para la boda de doña Isabel y don Fernando. Palencia se adelantó a Nebrija en la redacción de un diccionario castellano. Como Cronista se dedicó a los relatos históricos, de los que Moya cita uno. Cfr. J. L. ALBORG: *Historia de la Literatura Española*, Ed. Gredos, vol. I, Madrid, 1970, 475-476.

(74) Ercilla nació en Madrid (1533). Recorrió buena parte de Europa y al estallar en Chile la rebelión de los indios araucanos marchó allá con el Adelantado Alderete. Vuelto a España a la edad de 28 años, ocupó cargos en palacio, viajó nuevamente por Europa y fijó al fin su residencia en Madrid, donde pasó los últimos años de su vida. En el poema que dio fama a Ercilla su autor relata la conquista del pequeño valle de Arauco. Se narra la resistencia de sus habitantes y su derrota con gran realismo y belleza.

(75) Flavio Josefo (ca. 38-100 d.C.) es el historiador judío más importante de la Antigüedad. Procedía de familia aristocrática de linaje sacerdotal. Durante la primera guerra judía contra Roma (63-73 d.C.) fue comandante de Galilea. En el desastre de Jotapata (67 d.C.) se rindió a Vespasiano, pero su predicción de que el general llegaría a Emperador le salvó la vida. Sin embargo, quedó prisionero y poco después fue liberado. Fijó su residencia en Roma tras la caída de Jerusalén, después de obtener de Vespasiano la ciudadanía romana y una pensión vitalicia. La obra que cita Moya se titula *Antiquitates Iudaicae* y fue escrita en griego. Pretende ilustrar al mundo no judío sobre la vida y costumbres de los hebreos, con una perspectiva histórica que abarca desde la creación del mundo hasta el estallido de la primera guerra judía. Cfr. J. MAIER, y P. SCHÄFER: *Diccionario del Judaísmo*, Ed. Verbo Divino, Estella, 1996, 222.

de Ares, Moya ha usado una más copiosa bibliografía. En algunas secciones más Moya emplea esta técnica de citar varios autores encadenados, como si fuera una moderna nota a pie de página en una de nuestras ediciones. Así, se inspira en Justino, sin citar obra alguna suya —la citará cuando lo use junto a Herodoto en el capítulo dedicado a Thamaris o Tomaris, o Tomiris (págs. 256v-257v) en donde dice: «Y Justino libro primero de la Abreviacion del Trogo Pompeo» (págs. 257v)– (76); Plutarco, en su *Vida de Teseo*, en Quinto Curcio, sin citar fuente; en Paulo Orosio y Trogo Pompeyo, en Estrabón y en Sebío de quien refiere su libro primero de los *Aneydos*. Igual ocurre con el sabroso capítulo asignado a Zenobia, una ilustre mujer asiática, reina de Palmira (págs. 253v-256v), en donde sus fuentes son múltiples: Ravisio Textor en su obra la *Officina* (77); Fulgoso y Antonio de Guevara, «que hizo un parlamento a la Reyna de Francia madama Leonor, en que le cuenta, lo que aquí emos dicho» (pág. 256v) (78). Para Semiramis cita a Sabellico y Beroso (pág. 259r).

(76) Pompeyo Trogo parece ser que tuvo, según Justino, una ascendencia gala. Fue contemporáneo de Augusto Se lanzó a emular la envergadura de la historia de Livio. Conservamos un epítome de la historia universal —*Historiae Philippicae*— de Pompeyo Trogo realizado por M. Juniano Justino. Nada se sabe con seguridad en relación con su fecha, pero se ha supuesto con razón que se escribió en algún momento del siglo III. La relación del epítome de Justino con la obra perdida de Trogo está lejos de ser clara. Parece que consiste en una mezcla de excerptas y resúmenes, que se concentraba en lo que tenía valor ejemplar, y que se escribió pensando en los estudiantes de retórica. La mayor riqueza de la obra de Trogo, que dependía en gran medida de fuentes griegas desaparecidas, se perdió en la narrativa de su epitomizador. Lo mejor que puede decirse de Justino es que en una edad de barbarie procuró a los lectores latinos cierta visión del amplio mundo de la historiografía helenística. Cfr. E. J. KENNEY, y W. V. CLAUSEN (eds.): *Historia de la Literatura Clásica (Cambridge University)*, Ed. Gredos, vol. II (= Literatura Latina), Madrid, 1989, 795.

(77) Juan Tixier de Ravisi, llamado Ravisio Textor (1430-1524), fue un humanista francés, profesor de Retórica del Colegio de Navarra y Rector de la Universidad de París. Se le deben importantes obras, entre ellas, *Specimen epithetorum* (1518), *De prosodia libri IV. Officina vel potius naturae historia* (1522) y *Epistolae* (1522).

(78) Antonio de Guevara nació en 1481. En 1493 aparece en la Corte a donde había sido enviado por su padre, pero desengañado de esta vida se hizo franciscano a sus veinticuatro años de edad. En 1521 Carlos V le nombró predicador real. Viaja a varias provincias hispanas con el Emperador. Formó parte de una comisión encargada de la conversión de los moriscos. Antonio de Guevara toma parte en la redacción del Edicto contra los moriscos. En 1527 es nombrado por Carlos V cronista oficial. Forma parte de aquella junta de teólogos que debía dictaminar sobre las obras de Erasmo de Rotterdam. En 1528 se le designa obispo de Guadix. En 1535 acompaña a Carlos V en su expedición a Túnez. En 1537 pasa a regir la diócesis de Mondoñedo, en donde falleció en 1545. Guevara tiene un puesto digno entre los escritores ascéticos. Cfr. L. GÓMEZ CANEDO: «Las obras de Fr. Antonio de Guevara. Ensayo de un catálogo completo de sus ediciones», *Archivo Ibero Americano*, 6 (1946), 441-601.

Para el libro tercero, de mujeres doctas, repite algunas de las fuentes anteriores y además utiliza, para santa Catalina de Siena, noticias de su confesor, fray Raimundo de Capua, y de Juan Trithmio, abad, en su libro *Esriptores ecclesiasticos* (pág. 173v) (79). Usa la obra de Sixto Senés, *Bibliotheca Sancta*, para el capítulo XXVII (pág. 297r) asignado a Eudocia. Cosa curiosa es que se valga de Erasmo, concretamente de sus *Apothemas*, para el relato de Cornelia (págs. 298r-298v). Para Nicóstrata usa la obra *Descripción de Roma* de Julio Solino (pág. 301r) (80). Para la vida de Aspasia se vale de Philatete y su obra *Questiones forcianas* y de las *Fábulas* de Aristophano (pág. 302v). Cita a un tal Diodoro Sículo, en su obra la *Bibliotheca*, para su extenso capítulo dedicado a las mujeres poetas (pág. 313v).

En definitiva, y como reiteradamente hemos podido observar, el repertorio de autores referido por el Bachiller Moya es tan amplio como variado. Su Biblioteca tenía que estar bastante surtida y, en este volumen dedicado a mujeres ejemplares, da buena prueba del acervo de lecturas que hizo. Es ésta una muestra inequívoca de la cultura del Bachiller Pérez, de su vasta formación y de lo dilatado de su curiosidad, que no cede ante ningún flanco.

## GÉNERO LITERARIO

En la dedicatoria de su escrito a la Emperatriz doña María, nuestro autor, explica el motivo que lo llevó a escribir esta nueva obra objeto de nuestro análisis. En efecto, afirma que, «despues de aver impreso, de veynte y siete años a esta parte, algunos libros de materias diversas, pertenecientes a varones, me parescio ser cosa digna, escribir algo, que perteneciesse a mugeres. Moviendome a ello, ver quan pocos libros ay manuales, fuera delos de devocion, en que virtuosamente se pueden exercittar. Por lo qual ordene este tratadico de vidas de Sanctas, e illustres Matronas». Y, más adelante, usando uno de los símiles tan queridos por nuestro autor, él mismo afirma que, igual que los oradores se miran siempre al realizar su oficio en Demóstenes

(79) Juan Trithemio o Trithemius (1462-1518), fue un historiador benedictino alemán, conocido por *Trithemius*, debido al lugar de su nacimiento. Su verdadero apellido era Heidenberg. Fue Abad de la Abadía de Spaulheim. Escribió, además del trabajo mencionado por Moya, obras como *Historia de los Francos* (Maguncia, 1515) y *Anales de la Abadía de Hirspungia*.

(80) Cayo Julio Solino, escritor romano de mediados del siglo III de nuestra era, fue muy conocido por su obra *Collectanea rerum mirabilium*, de la que hay traducción hecha en español por Cristóbal de las Casas en Sevilla en 1573.

o Cicerón, grandes figuras en este arte, así en su obra «puedan las donzellas, biudas y casadas, poner los ojos».

Como bien asevera C. Baranda, esta obra, sin abandonar la intención didáctica, participa del talante de los escritos que narran biografías con fines aretológicos. Este género, que tuvo en Plutarco un relevante exponente, con Boccaccio alcanza una fina notoriedad. De este modo, en la monografía de Moya se entreveran relatos y biografías moralizantes, prosa narrativa y pedagógica, de manera que, simultáneamente, el autor logra entretener, instruir y moralizar. Escritos en lengua romance, estos retratos eran accesibles al nivel normal de las lectoras de la época, que no podían acceder a volúmenes científicos, generalmente redactados en latín o griego, y suministraban a las destinatarias pautas de comportamiento y criterios para desenvolverse con soltura en su medio. Así, se distanciaban de otros libros de amoríos que, en ocasiones, lejos de adoctrinar potenciaban una fantasía colmada de ficciones (81).

Como se ve, pues, el fin de este volumen, es eminentemente práctico y pedagógico. A modo de espejo, su obra servirá de paradigma a aquellas que se sumergían en este tratado. Al estar dividido en breves secciones, se podía leer una diariamente de modo que sirviese de meditación a la que a él se acercaba. La multiplicación de los personajes, y la presentación sintética que de ellos se hace, procuraba que la lectura no se hiciera pesada, que la atención no se cansara y, así, podía asimilarse mejor el relato. Con la notoriedad de los hechos narrados, Moya perseguía robustecer la fascinación de sus lectores por los personajes en cuestión, es decir, despertar en ellos la admiración por dichas mujeres preclaras y, por la nobleza, coherencia, intrepidez o la santidad de su conducta, invitando así a sus destinatarias a una vida de mayor fervor, caridad o cualquier otra virtud.

Moya era consciente del valor didáctico, pedagógico, ético y espiritual que el uso literario de modelos asume en la vida cristiana. La vida vivida, personajes del presente o del pasado, hechos concretos más que palabras, pueden expresar lo inexpresable y orientar una existencia, es decir, mostrar el valor perenne del Evangelio como motor de vida, como brújula y manantial de sentido de todo un peregrinar terreno. En el terreno de la vida espiritual,

---

(81) Cfr. J. PÉREZ DE MOYA: *Arithmética práctica y speculativa. Varia historia de sanctas e illustres mugeres*. Edición y prólogo de Consolación Baranda, Ed. Biblioteca Castro, Madrid, 1998, XXXI.

la proposición de modelos es muy importante porque, un discurso ético invita a la comprensión, mas una vida ejemplar es una llamada a la imitación, una idea siembra abstracción, pero una persona brinda amor. Para el desarrollo de la vida espiritual, la presentación de modelos vitales, en el sentido más hondo de la palabra, implica siempre una idea de valor, actúa por vía de ejemplo o mediante la fuerza que emana de su personalidad. No impone el valor, éste se hace vivo y estimulante a través del modelo. Quienes lo siguen reaccionan ante su influencia mediante una actitud propia, que es la imitación. Esta imitación no debe entenderse en el sentido de copia, de reproducción material. Los modelos están llamados a estructurar el ser de los que los contemplan en una atmósfera de libertad interior. El modelo, según M. Scheler, se define como el valor encarnado en una persona, una figura ideal que está continuamente presente en el alma del individuo o del grupo que a él accede, de forma que ésta va captando paulatinamente sus rasgos y se transforma en ella; su ser, su vida, sus actos, consciente o inconscientemente, se regulan por ella, tanto si el sujeto debe felicitarse por seguir a su modelo como si tiene que reprocharse por no imitarlo. El discípulo, el que observa dicho modelo, no obedece a una fuerza de sugestión que emanaría de su modelo. Y tampoco lo copia. Su conducta cambia, porque el modelo ejerce sobre él una atracción, que, al desarrollarse y precisarse, se convierte en amor.

Con esta obra, el Bachiller Pérez de Moya, muestra que la fe cristiana no es un conjunto de *proposiciones frías y alambicadas* que pueden catalogarse y juzgarse con criterios impuestos por una referencia externa y objetiva sino la encarnación de *convicciones vivas que dan forma a unas vidas concretas*. Moya, con su obra, a través de este abanico de mujeres que, cada una en un estilo, reflejan la gloria del Altísimo, está indirectamente indicando que hablar verdadera y fielmente de Dios es hablar mediante modelos, vidas, ejemplos singulares y rastreables; no tenemos otra elección porque, aunque el modelo es inadecuado para expresar la totalidad del misterio divino, sigue siendo un camino legítimo, incluso el único válido, hacia él. Las vidas de estas mujeres propuestas por Moya llevan todas el sello de la virtud que representan, plasman una tonalidad de la policromía inagotable del misterio de Dios. Al orientarse a este material vivo, los lectores encuentran el camino para acceder a él, para reformarse a sí mismos y asemejarse a la imagen de su Creador; al extraer una lección de cada ejemplo, Moya está postulando una multiplicación de los mismos. Estas vidas son impactantes y están destinadas a abrir, ensanchar y, sobre todo, corregir otras; van encauzadas a ro-

turar caminos nuevos en la Iglesia acerca de su modo de entender a Dios, de su concepción del Evangelio, de su aprecio a la tierra y del servicio a los hermanos. Penetrar en las vidas propuestas, no es encontrarse sólo con ideas que satisfacen intelectualmente, sino que esos rostros son reflejos de aquel misterio que aquellas mujeres vivieron (82).

Nos encontramos, pues, con una obra de carácter hagiográfico, pero en el amplio sentido del término, pues no es, propiamente, de índole puramente tal, ya que en sus páginas Moya mezcla mujeres canonizadas con otras que no lo están, incluso con modelos extraídos del mundo de la cultura y mitologías grecolatinas o noticias de contemporáneas suyas famosas por distintos motivos. Es más una cadena de biografías historizantes que sólo un mero repertorio hagiográfico.

Moya, tanto en esta obra como en su *Philosophia secreta*, es un exponente de lo fructífera que puede ser una línea aperturista que no ciega ningún caudal al conocimiento, ni reniega de ninguna idea hermosa sea cual fuere su cuna. En este sentido, esta obra sobre mujeres es el resultado de un empleo al unísono de literatura cristiana y pagana. Aunque bien es cierto, que, entre los escritores de la época, no existió siempre este espíritu de conjunción y armonía. Así, en la Edad Media, la mitología se hizo filigrana de piedra en las cornisas y fachadas de muchos de nuestros edificios románicos. Durante el Renacimiento, teólogos, poetas y humanistas laicos y eclesiásticos tocan este campo con un fondo de extraordinaria unidad. Se trata de hilos finísimos que ayudan a confeccionar el tejido de la historia. En el primer período del humanismo renacentista, los poetas se sirvieron de la mitología pagana como expresión de erudición, no pocas veces pesada y antipoética, y como manantial de inspiración. También los teólogos gustaban sembrar de alusiones clásicas, incluso mitológicas, los prólogos de sus obras. Los humanistas asociaban, generalmente con sencillez, erudición clásica, inspiración poética y fe cristiana. Existió, sin embargo, otra tendencia enemiga del uso de las fuentes grecolatinas. No creía conveniente el estudio de las humanidades, ni aceptaba la imitación formal de los clásicos. Partidarios convencidos de esta dirección son Villacreces, Osuna, Bernardino de Laredo, los reformados y los observantes franciscanos y de algunas órdenes religiosas. Fray Luis de Granada, tras sus fervores de convertido, conceptuaba como

(82) Cfr. S. SPINSATI: «Modelos espirituales», en: S. DE FLORIS, y T. GOFFI: (dirs.): *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Ed. Paulinas, Madrid, 1983, 943-952.

*calamidad inevitable* el estudio de los clásicos. Acababa de interrumpir voluntariamente su colegiatura vallisoletana de san Gregorio, pensando sin duda en realizar su sacerdocio en América. Diez años más tarde había superado aquellos temores y se servía de los mitos paganos para expresar los dogmas cristianos. Como Melchor Cano, pensaba que la ciencia divina debía enriquecerse con los vestigios de la humana.

Sin embargo, cuando el Renacimiento español desarrolló su personalidad, se dio un paso adelante, y se trabajó el mármol pagano con manos cristianas. Entonces se hizo una verdadera teoría sobre el valor y empleo de la mitología. Pérez de Moya es uno de sus más preclaros exponentes, en la misma línea que el Licenciado Viana, Baltasar de Vitoria o Fray Juan de Pineda. Estos humanistas supieron poner las riquezas de la gentilidad al servicio de los valores cristianos. El mismo Erasmo, en *Enchiridion del caballero cristiano*, recomendaba al cristiano incipiente que se ensayase y ejercitase en las letras de los honestos y limpios poetas gentiles. Más ampliamente explica esta tesis en *Ciceronianus*, publicado por Nebrija en Alcalá, en 1529, como concreción del pensamiento de los humanistas de esta generación (83).

Moya, usa aquí, tanto los moldes provenientes de Grecia y Roma como aquellos otros que brotaron de la fe cristiana. Ahora bien, en el uso de estos últimos, raramente se mueve en la línea de los documentos conservados de los primeros siglos de cristianismo: me refiero a las llamadas *actas de los mártires*. Estos testimonios literarios no contenían, obviamente, biografías exhaustivas de la vida de estos audaces cristianos, sino que eran documentos que narraban, de forma seguida, las fases más destacadas de la existencia de aquellos creyentes que dieron su vida por Cristo, bajo el azote de las persecuciones. Eran escritos sobrios, que reflejaban sobre todo el itinerario procesal sufrido por dichos cristianos, es decir, contenían las decisiones de la autoridad judicial que condena a los mártires a la pena capital.

Más abundantes en la obra de Moya son los artículos que se ajustan literariamente a las llamadas *pasiones o martirios*, composiciones de carácter narrativo sobre los últimos días y la muerte del mártir. Estas piezas, en su parquedad, contenían elementos elocuentes para valorar y entender el tesoro de la vida interior, de la fe y de la caridad de sus protagonistas. En las *pa-*

(83) Cfr. M. ANDRÉS: *La teología española en el siglo XVI*, Ed. Católica, vol. II, Madrid, 1977, 45-53.

siones, juegan un papel muy importante las visiones y los elementos autobiográficos que proceden de la mano de los mismos mártires y que fueron posteriormente incorporados por el redactor en su compilación. Estos relatos no esconden la intención apologética de su compilador, resaltando la defensa de la identidad cristiana y atacando las razones aportadas por paganos (84).

Es a finales del siglo IV, cuando la situación eclesial cambió radicalmente, que se desarrolló un nuevo tipo de escritos para alimento de la vida cristiana. Despunta una tendencia a transformar en narración pintoresca un texto hagiográfico. Comienzan a surgir los *panegíricos*, que en nuestra obra abundan por doquier (85). Son escritos de tipo encomiástico, en donde se reflejan las virtudes y hazañas de los personajes que ocupan la atención del autor de los mismos. Muchos de ellos son *leyendas épicas y novelescas*, en donde la parte histórica se ve reducida al mínimo en provecho de elementos puramente moralizantes. Se trata de textos que se acercan al género épico o a la novela histórica y que, en algunos casos, desembocaron en el patrimonio del folklore universal. Típico de estas composiciones son unos personajes, muy cercanos a la epopeya, porque obedecen a la misma exigencia de exaltar al protagonista multiplicando el número y las dificultades de sus empresas.

Igualmente, Moya ofrece artículos que se acercan mucho a las novelas amorosas, pero que en manos cristianas proponen, no las tramas libidinosas de los antiguos, sino historias edificantes. Por ejemplo, la historia de santa Cecilia (artículo III, págs. 18v-21r) hace progresar el tema presentando a esta cristiana que promete para sí y obtiene de su esposo la virginidad en la noche misma de bodas. Los temas que pululan bajo estos ropajes literarios son múltiples: el martirio que devuelve la pureza al alma pecadora, la inocencia perseguida hasta la muerte, el perdón de las injurias llevado hasta el desprecio de sí, el martirio de la caridad que mueve a la mujer inocente a

(84) Cfr. *Actas de los Mártires. Texto bilingüe. Introducciones, notas y versión española por D. Ruiz Bueno*, Ed. Católica, Madrid, 1951; M. VILLER: «Les martyrs et l'esprit», *Recherches de Science Religieuse*, 14 (1924), 544-551; J. QUASTEN: *Patrología*, Ed. Católica, vol. I, Madrid, 1984, 177-186; E. CONSOLINO: «La donna negli Acta Martyrum», en: U. MATTIOLI (ed.): *La donna nel pensiero cristiano antico*, Ed. Marietti, Génova, 1992, 95-117.

(85) Cfr. L. VON HERTLING: «Statistisches zur Geschichte des Heiligentypus», *Zeitschrift für Ascese und Mystik*, 3 (1928), 349-352; Id.: «Der mittelalterliche Heiligentypus nach den Tugendkatalogen», *Zeitschrift für Ascese und Mystik*, 8 (1933), 260-268; P. MOLINARI: *Los santos y su culto*, Ed. Razón y Fe, Madrid, 1965; ID.: «Il problema della agiografia; forma letteraria e principi teologici», *La Civiltà Cattolica*, 113/3 (1963), 221-231.

ocupar el puesto del reo, la mujer que por guardar su virginidad se disfraza de varón e ingresa en un monasterio masculino y cuya identidad sólo revelará la muerte... (86).

El nacimiento y rápido desarrollo de este tipo de composiciones literarias tiene que atribuirse, por un lado, a la implantación de la lectura espiritual entre los cristianos, lectura destinada a encender la caridad de los destinatarios y a despertar el deseo de emulación de los grandes testigos de la vida cristiana con el fin de no caer en un cristianismo mediocre o sin mordiente. Por otro, al deseo de los fieles de conocer algo más de los santos y mártires cuyas fiestas ya se celebraban públicamente. También se desarrolló este género por la escasez de documentos auténticos que proporcionasen informaciones adecuadas. Así, cuanto más nos alejamos de los episodios relatados y carecemos de la aportación de un conocimiento directo de los eventos acaecidos y de las circunstancias vividas por sus protagonistas, tanto más se advierte que se van introduciendo esquemas fijos y moldes retóricos. Los que elaboraron a distancia de siglos vidas de santos o mártires o, con el correr de los años, biografías de cristianos ejemplares, en gran parte, deseaban satisfacer la curiosidad de los fieles y, a veces, escribían bajo la presión ejercida por el espíritu de emulación entre diversas localidades. Las fuentes que Moya utiliza para su obra, que a su vez eran recopilación de manuscritos anteriores, en algunos casos, al celebrar las glorias de sus protagonistas, no dudaban en juntar los elementos más dispares, en remarcar determinadas facetas, en acumular, si la circunstancia era propicia, los tormentos sufridos por los mártires, introduciendo, paulatinamente, hechos cada vez más extraordinarios y milagrosos, describiendo las figuras de sus biografiados según bocetos ya fabricados, adornándolos con elementos retóricos con el fin de que los sermones que se pronunciaran en el día de la fiesta de tales santos resultasen estéticamente bellos y moralmente conmovedores. Es decir, con el paso de los años, en el ámbito cristiano, se fue pasando progresivamente de la narración escueta y sobria de los acontecimientos a la barroquización literaria que magnifica los elementos que la integran. Igual pasó en las esferas de la cultura grecolatina, usados también por Moya.

Si variopintos son los recursos literarios que Moya utiliza, no es menor la variedad existente en la galería de retratos femeninos recopilada por

(86) Cfr. C. MAZZUCCO: *E fui fatta maschio. La donna nel cristianesimo primitivo*, Ed. Le Lettere, Firenze, 1989; A. VALERIO: *Cristianesimo al femminile*, Ed. D'Auria, Napoli, 1990; A. GUIDUCCI: *Perdute nella storia. Storia delle donne dal I al VI secolo*, Ed. Sansoni, Firenze, 1989.

Moya. Contiene varios patrones. A los elaborados en la mitología grecolatina, o en el ámbito de personajes históricos pertenecientes a la época helénica o al Imperio Romano —abundantes como más tarde veremos al repasar las páginas de nuestro escrito—, hay que sumar los que Moya extrae del caudal bíblico, igualmente copiosos, como se podrá observar. A éstos, añádanse las noticias que suministra de ilustres damas, tanto contemporáneas como ya fallecidas, de la historia de España en general o de los contornos giennenses en particular. Pero el grueso de la obra, es para las cristianas que alcanzaron la perfección del amor por una u otra vía. Así tenemos abundantes mujeres mártires. Con el término *mártir* se designa la muerte de un cristiano sufrida por su fe. Se puede tratar de la fe en toda la revelación, o bien en una parte de ella, a saber, en un dogma concreto. Se habla igualmente de *martirio* cuando el cristiano, por causa de sus creencias, no ha querido faltar a un mandamiento de la ley de Dios, por ejemplo, pecar contra la justicia o la castidad. Mientras que en el cristiano es fundamental que, por amor a Dios y a los hermanos y sabedor de las consecuencias que esto lleva anejo, no esté dispuesto a realizar nada que vaya contra su fe, en el que procura la muerte cruenta no es menester que actúe directa y formalmente por odio contra Dios, contra la Persona de Cristo, contra el Evangelio o la Iglesia. Es suficiente con que, por motivos ideológicos, o por otros cualesquiera, pretenda constreñir al cristiano a cometer acciones que éste no pueda realizar sin ofender a Dios o pecar.

La eminente santidad de los mártires fue reconocida ya por las primitivas comunidades cristianas. Justamente la certeza, por parte de los fieles, de la íntima vinculación de Cristo y los mártires fue lo que estimuló a los cristianos perseguidos a invocarlos para que orasen por ellos e intercedieran ante Dios a fin de obtener la gracia de imitarlos en la profesión íntegra e inconcusa de la fe (87).

La convicción de la vida eterna en Cristo que los mártires habían conseguido con los sufrimientos valerosamente soportados, el saber que eran santos y perfectos por haber dado la mayor prueba de amor al ofrecer su vida por Cristo, el reconocerlos como amigos del Señor y simultáneamente cercanos a los que aún estaban en este mundo, el creer por lo mismo en su

---

(87) Cfr. A. G. HAMMAN: *El martirio en la antigüedad cristiana*. Ed. DDB, Bilbao, 1998; O. SEMMELROTH: «Martirio», en: K. RAHNER (dir.): *Sacramentum mundi. Enciclopedia teológica*, Ed. Herder, vol. IV, Barcelona, 1973, cols. 455-460.

poder de intercesión, constituyó el cimiento y el alma de la veneración a los santos, tal como brotó y maduró en el seno de la comunidad eclesial primitiva. Sólo a través de un proceso muy lento se extendió luego el culto y la veneración a los llamados *confesores de la fe*, o sea, a los que habían sufrido físicamente por Cristo, pero sin padecer la muerte; más tarde, a los que habían vivido en la virginidad y habían sobresalido por su ascetismo y, por último, a otras personas que se habían destacado por el grado heroico de sus virtudes (88).

En efecto, después de las grandes persecuciones romanas, aparecen obras hagiográficas en las que se ensalza no ya la constancia heroica de los mártires, sino las virtudes de los que se habían impuesto un martirio incruento. Porque, mientras en tiempo de las persecuciones el ideal de la perfección cristiana residía en la caridad demostrada al sufrir los tormentos, en el período siguiente este concepto fue objeto de una evolución por la cual se consideraron santos también los que vivían una vida de austeridad, mortificación, virginidad y desapego del mundo.

A partir del siglo VII, un nuevo tipo de escritos biográficos se desarrollará. Nos referimos al que exalta los ejemplos de vidas consagradas por medio de votos: eremitas, cenobitas, monjes y religiosos pertenecientes a las grandes órdenes. Naturalmente, tampoco faltarán junto a relatos que abordan vidas verídicas las leyendas populares.

En épocas posteriores, muchas de las biografías realizadas, amplían el material que en ellas se recoge y surgen otras que tratan de personas eximias por su género de vida, pero que no entran en ninguna de las categorías anteriores. La hagiografía se vuelve más individualista y los patrones literarios que se usan se modelan en el tipo de requisitos que exige la gradual fijación de un procedimiento para las causas de beatificación y canonización: un resumen biográfico, un catálogo de virtudes, seguido de una parte que trata de los milagros. Se elaboran piezas estandarizadas y despersonalizadas, generalmente compuestas por autores de segunda o tercera categoría, lo que explica una producción de ínfimo valor literario (89).

(88) Cfr. P. MOLINARI «Mártir», en: S. DE FIORES, y T. GOFFI (dir.), *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Ed. Paulinas, Madrid, 1983, 869-876; A. AMORE: «Culto e canonizzazione dei santi nell' antichità cristiana», *Antonianum*, 52 (1974), 38-80.

(89) Cfr. P. MOLINARI «Hagiografía», en: E. ANELLI (dir.), *Diccionario de espiritualidad*, Ed. Herder, vol. II, Barcelona, 1987, 215-218.

De todo lo anteriormente dicho, se podrá deducir que, en el escenario multiforme de la obra de Moya, la nitidez de los rostros femeninos presentados varía bastante. Se mueven en él personajes de historicidad igualmente cambiante: junto a los inventados por la mitología grecolatina (90), detectamos mártires auténticas y reconocidas, con coordenadas existenciales verificables por diversos testimonios; hay otros que, desfigurados por el paso del tiempo y la imaginación de los autores, apenas son visibles bajo las repetidas capas de pintura de la forma literaria o de la transformación legendaria. Leyendo los artículos de Pérez de Moya, el lector percibe que hay ciclos de personajes donde, en el repetirse de idénticos hechos, lo único que varía es el nombre. Las fronteras no están bien trazadas, lo único que sí es firme en todas y cada una de las páginas de nuestro Bachiller es el deseo de instruir y enardecer los corazones (91).

## ESTRUCTURA DE LA OBRA

Para un mejor aprovechamiento, la obra está estructurada en, como he dicho, pequeños segmentos que facilitan su mejor utilización y que se suceden a modo de teselas de un mosaico, casi por el orden que los ha ido componiendo, o a medida también que él iba leyendo y conociendo biografías de mujeres. Moya no sigue un orden cronológico, como el que Boccaccio había adoptado, sino más bien jerárquico, puesto que agrupa a las mujeres por estados. Abre la galería el *coetus* de las santas, sigue el círculo de las que han realizado alguna hazaña y, por lo tanto, podríamos designar como *heroínas*, finalmente, cierra la obra un círculo más pequeño dedicado a las doctas. Por tanto, el volumen, tras el pórtico de rigor, en donde, como ya ha sido reseñado, se incluyen dedicatoria, prólogo, índice, etc., contiene el cuerpo doctrinal que está, a modo de tratado, dividido en tres libros, a su vez, seccionados en otras vertebraciones.

(90) Los ejemplos femeninos tomados de la mitología clásica son numerosos en la obra de Moya. Sobre este tema puede consultarse la siguiente bibliografía: A. RUIZ DE ELVIRA: *Mitología clásica*, Ed. Gredos, Madrid 1975; J. ALSINA: *La Mitología*, Ed. Seyma, Barcelona, 1962; E. HAMILTON: *La Mitología: Grecia, Roma y norte de Europa*, Ed. Daimon, Madrid, 1976; J. A. ONIEVA: *Mitología*, Ed. Paraninfo, Madrid, 1976; I. ERRANDONEA: *Diccionario del mundo clásico*, Ed. Labor, Madrid, 1954; P. GRIMAL: *Diccionario de la Mitología griega y romana*, Ed. Labor, Barcelona, 1966.

(91) Cfr. V. SAXER: «Martirio, III», en: A. DI BERNARDINO (dir.): *Diccionario patristico y de la Antigüedad cristiana*, Ed. Sígueme, vol. II, Salamanca, 1992, 1.380-1.385.

El primero de ellos, el más extenso de todos, «trata de muchas sanctas virgenes martyres y continentes, y de otras que guardaron grandissima castidad, y de otras que se ilustraron con estrañas penitencias» (págs. 13r-200v). El primer criterio para agrupar a las mujeres que va a referir es, pues, el de la santidad. La santidad es el estado al que todo cristiano aspira, es la vocación universal de todo discípulo de Cristo, su meta más alta. En este estado abundan las mujeres notorias por la virginidad; muchas vírgenes, precisamente por conservar intacto el tesoro de su castidad no dudaron en sufrir el martirio, alcanzando así la santidad por la doble vía de la total consagración y de la valentía en el rubricar con sangre la fe que profesaban. Mientras que el martirio fue característico de los primeros siglos de vida cristiana, tiempo de persecución y ostracismo para los seguidores del Evangelio, en donde la fidelidad al mismo adquiría tintes cruentos de color grana, la virginidad, como se ha apuntado, fue la forma más normal de alcanzar la santidad después del Edicto de Constantino (313 d.C.). Si aquel modo era un camino de alcanzar la perfección cristiana por la efusión de la sangre de una forma totalizante y rápida, la virginidad, por la ascesis y constancia que comportaba, fue llamada *martirio blanco* y no se tenía en menor mérito. Por este motivo, tanto martirio como continencia perfecta, siempre fueron apreciados en la vida cristiana como modelos consumados y eximios. El mismo Moya no duda en referir que es tan «alta y singular la gloria y alabança de la virginidad, que algunos se atrevieron a llamarla impassibilidad, haziendo al hombre casto casi celestial y divino; porque de la suerte que el peccado sensual escurece el entendimiento, y embota el juyzio y entorpece la razon: assi por el contrario la limpieça de la virginidad, dispone al anima y la haze abil para recibir mas claro conocimiento de Dios, y la haze capaz de sus secretos» (págs. 13r-13v) (92).

Este primer libro se divide a su vez en cinco magnos capítulos. El primero es aquel «en que se ponen vidas de virgines martyres. Contiene muchos articulos» (págs. 13r-103r). Tras una introducción en donde se encomia la castidad perfecta y las virtudes que con ella se relacionan, sobre

(92) Un estudio verdaderamente exhaustivo, con una bibliografía copiosa y un recorrido minucioso por las diferentes valoraciones que ha tenido la virginidad, no sólo en los primeros siglos del cristianismo, sino también en el mundo grecorromano y bíblico, con una referencia a la mayoría de las vírgenes citadas por Moya y a los respectivos autores que narran sus historias puede encontrarse en: F. B. VIZMANOS: *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva. Estudio histórico-ideológico seguido de una Antología de tratados patrísticos sobre la virginidad*, Ed. Católica, Madrid, 1949.

todo la humildad y la templanza, Moya comienza con el primer artículo de este apartado que, como no podía ser de otra forma, está dedicado a la Santísima Virgen María, Virgen de las Vírgenes y para el cristiano, primera de las mujeres y modelo de todas ellas por el conjunto de méritos y virtudes que en su persona se encarnan y, sobre todo, por ser la Madre de Dios sin perder la gloria de su virginidad. «A ella fueron concedidas por muy alta manera todas las gracias y privilegios que se otorgaron a todos los sanctos; los loores de la qual son tantos y tan celebrados por los sanctos que quererlos en este libro referir sería nunca acabar» (págs. 14r-15v). Seguramente Moya a la hora de cantar las alabanzas de María pensaría en su Virgen del Collado, Patrona de su patria chica, Santisteban del Puerto. Como buen hijo de esta noble villa, la figura de la Madre del «sancto de los sanctos», como así la llama, tendría especiales resonancias en su corazón.

## ELOGIO DE LA VIRGINIDAD POR MOTIVOS RELIGIOSOS

Después —y dedicándole a cada una de las notorias mujeres un artículo, o a cada dos si estuvieron unidas en vida o en muerte—, Moya ofrece, en primer lugar, noticias de las vidas de santas que alcanzaron la doble palma de la virginidad y el martirio, pertenecientes casi todas ellas o bien a la época romana, en donde a lo largo del imperio un buen número de cristianos no temieron la muerte por confesar su fe en Cristo, o a la época de la invasión árabe de España, período que contempló iguales episodios por semejantes motivos y que convirtió nuestra nación en cantera de santos. Así tenemos —en el orden en que Moya las reseña, orden, por otra parte, que no se ciñe a patrones cronológicos o alfabéticos, sino a otros más bien caprichosos—, a santa Inés; su hermana santa Emerenciana; santa Cecilia; santa Engracia o Eucrátide; santa Eufemia; santa Eulalia; las santas Eulalia y Julia; santas Justa y Rufina; santa Irene; santas Nunilion y Alodia; santas Centolla y Elena; santa Leocadia; santa Quiteria (93); santa Prisca; santas

(93) Una vez leídos varios artículos, al contener temáticas semejantes y méritos parecidos, el lector observa que se repiten muchos patrones y esquemas literarios que se van rellenando con los datos que singularizan a cada uno de los personajes. Así se nos da, casi siempre, el lugar y fecha de nacimiento, el nombre de los padres, una síntesis del hecho por el que son ilustres dichas damas, el desenlace de su vida y el año de su muerte. El artículo acaba con una alusión a la fuente de donde está tomada la reseña elaborada. En lo referente al martirio, los castigos utilizados son casi idénticos para todas, fruto de la similitud en que se vertía el odio de los perseguidores. Frente a éstos, las virtudes que se repiten en las mujeres son también reiterativas. Así, las mártires manifiestan una sobrecabundancia de valentía.

Rufina y Segunda (94); santa Tecla (95); santa Lucía; Justina (96); santa Bibiana; santa Marta; santa Águeda; santa Fe; santa Apolonia; santa Cristina; santa Bárbara; santa Lucrecia (97); santa Domitila; santa Marciana; santas Serapia y Sabina; santa Liberata y sus hermanas; santa Victoria (98); santa

grandes dosis de confianza en Dios y una fe enardecida. Ni las seducciones de los poderosos, ni el ofrecimiento de riquezas ni un cómoda vida pudieron doblegar el vigor de su amor a Cristo. Moya, en este sentido, prefiere estar más atento a no dejar en la penumbra rasgos como los mencionados que ocuparse en formalismos o divagaciones retóricas. Nuestro autor va más al fondo que a la forma, más al concepto que al adorno, no distrayéndose en deleites estilísticos o literarios. De este modo, no cuida en exceso la fluidez redaccional pues su propósito no es el rastreo de la belleza de la composición. Como he advertido, su fin es primordialmente didáctico y parenético. No obstante, su estilo es digno, sobrio e inteligible. Por esta razón, no importa que observemos en sus artículos la repetición, más aún, pienso que es buscada para que queden bien acrisoladas una serie de virtudes que, a base de repetir las en distintos personajes, se encumbran como importantes. La extensión de los numerosos artículos varía según las noticias que se poseían de las distintas mujeres, cosa que normalmente iba en función de la importancia y fama de las mismas.

(94) Moya no cita la fuente en donde se inspira para suministrar las noticias que de estas tres últimas santas refiere.

(95) Esta santa no murió cruentamente aunque intentaron varias veces, sin éxito, martirizarla (Libro I, artículo XVIII). Es muy dudoso que pueda tenerse como base histórica de la leyenda la existencia de una virgen llamada Tecla, la cual vivió primero en Iconio y luego en Seleucia de Isauria y fuese convertida por la predicación de Pablo. Su vida fue muy conocida gracias a la obra apócrifa *Acta Pauli et Theclae*. Cfr. P. VIELHAUER: *Historia de la literatura cristiana primitiva. Introducción al Nuevo Testamento, los apócrifos y los Padres apostólicos* Ed. Sígueme, Salamanca, 1991, 730-735.

(96) En el título del artículo sólo aparece como Justina, virgen y martyr, sin aludir a la santidad, hecho que sabemos al leer el artículo.

(97) Es el artículo más escueto que Moya elabora. Dice así: «Raphael Volaterrano y Vaseo hazen mencion de sancta Lucrecia, virgen, que padescio martyrio por la fe de Iesu Christo en Mérida, por Calpurniano, prefecto, a veynte y tres de noviembre, año de nuestra salvación del 306, teniendo el imperio romano Daciano»: Libro I, artículo XXVIII, pág. 53r.

(98) El culto a san Acisclo, mártir cordobés, goza de una venerable antigüedad en la liturgia hispánica. Prudencio lo recuerda. De su hermana santa Victoria, que Moya hace protagonista del artículo XXXIII del capítulo I de su primer libro, en cambio, prácticamente nada sabemos. Moya no cita la fuente de donde toma la historia que relata. Se la supone también cordobesa. Moya dice que llegaron a Córdoba de mano de Nicomedia, un ama. El testimonio más vetusto sobre Acisclo y Victoria, compañeros de martirio, procede del «Martirologio de Lión», escrito antes del 806. Autores españoles como san Eulogio de Córdoba y Recemundo, citan a san Acisclo, pero desconocen a santa Victoria. Esto quiere decir que el culto de esta santa empieza muy tarde en la liturgia hispánica, y que el texto del «Pasionario español» que contiene la historia de ambos pudo ser redactado bien avanzado ya el siglo X. El relato que Moya nos suministra contiene algún dato histórico, pero en lo sustancial obedece más a moldes de panegíricos literarios. Cfr. P. SÁENZ RODRÍGUEZ: *Antología de la Literatura espiritual española*, Ed. UPS-FUE, vol. I, Madrid, 1980, 308-317.

Beatriz (99); santas Dorotea (100), Cristete y Calistes; santa Margarita (101); santa Úrsula y las once mil vírgenes mártires; una española que poco ha martirizaron en Jerusalén (102). En el artículo XLVIII, refiere brevemente la historia de una virgen y mártir española, santa Marina. En el siguiente, refiere la vida de otra virgen y mártir, santa Teodora (art. XLIX). A vírgenes y mártires dedica Moya, pues, 39 artículos.

A continuación, Pérez de Moya, dentro del mismo Libro primero y del mismo capítulo, comienza con la relación de santas que ya no conocieron el martirio sino sólo la virginidad. La primera es santa Eufrosina, virgen y su madre (artículo XXXIX). Después vienen: santa Marta, hermana de Magdalena; santa Brígida; santa Clara y su hermana santa Inés; santas Petronila y Filícula; santa Florencia o Florentina; santas Potenciana y Práxide; santa Casilda; «Eufrosina, que se dixo Smaragdo, virgen» (103); santa Marina (104).

A continuación, Moya ya no es riguroso en el orden y mezcla los méritos de las mujeres reseñadas. En el artículo XLIX brevemente se alude a

(99) De Beatriz, Moya no reporta la fuente en donde ha bebido para sacar las noticias que de ella nos da.

(100) De esta santa Moya reporta una etimología curiosa: «Dorothea, es lo que en español llaman Theresa; es esta sancta abogada de los trabajos del parto de las mugeres, y para que los hombres no desmayen en las cosas de virtud»: Libro I, artículo XXXV, pág. 61r.

(101) Tampoco cita Moya la fuente.

(102) Moya relata ampliamente los hechos que se contaban de una mujer, cuyo nombre no se conoce, que inflamada de fe se fue a Roma y, más tarde, a Jerusalén, ocupada entonces por los turcos mahometanos, y allí, llevando una vida de penitencia y oración, por confesar abiertamente su fe en Cristo, fue martirizada al pie del monte Calvario. «Los Christianos que allí se hallaron cogieron algunas reliquias que de sus huesos quedaron. Esta relacion traxeron unos padres de la compañía que vinieron del monte Libano, a Roma, y de allí escrivio el padre Diego de Herrera a unas monjas de Sevilla, en do se mando imprimir, para exemplo y edificacion nuestra el año 1579»: Libro I, artículo XXXVIII, pág. 68v. Como se puede observar las noticias son muy recientes pues el libro de Moya que estamos analizando se imprimió en Madrid en 1583.

(103) Este artículo relata la historia curiosa de Eufrosina, una mujer que, para guardar su virginidad y no casarse, se disfrazó de hombre y vivió solitaria en la celda de un monasterio masculino bajo el nombre de Smaragdo. Al final de sus días, después de una vida de oración y sacrificio, murió, y rápidamente se extendió la fama de su santidad y los milagros que por su intercesión se hicieron (cfr. Libro I, artículo XLVII, págs. 86r-91r).

(104) Dentro de este mismo artículo dedicado a una virgen, Pérez de Moya, nos ofrece una reseña de una mártir con igual nombre: «Otra sancta uvo española nombrada Marina, virgen y martyr, como se colige de breviarios antiguos y historiadores de España, que padecio martyrio en Galizia, a dos leguas de Orense; y allí esta su sancto cuerpo en la yglesia de su nombre, donde llaman Aguas sanctas»: Libro I, artículo XLVIII, pág. 94r.

santa Eurosia, mártir de la persecución árabe y enterrada en Jaca (págs. 94r-94v). En el artículo L, cita a dos santas con el nombre de Teodora, una virgen y mártir, que ya hemos señalado más arriba, y otra solo virgen, madre de los mártires Cosme y Damián (págs. 94v-95r). Finalmente, la última santa y virgen es Santa Lucía, religiosa dominica (art. LI, págs. 95r-95v). En total, Moya refiere la vida de dieciséis santas vírgenes.

Después, Moya elabora artículos muy escuetos con brevísimas noticias de mujeres santas, sin especificar más: Santa Gertrudis; Benedicta y Gordiana; Emiliana; Redenta y Rómula; Genoveva (105).

A partir del artículo LVII, dedicado a la Infanta doña Constanza, fundadora del burgalés monasterio de las Huelgas (págs. 96r-96v), Moya relata vidas ejemplares de damas ilustres, no canonizadas, aunque notorias por la autenticidad de su vida religiosa y su virginidad: la Infanta doña Berenguela; la infanta doña Constanza, hija del Rey Alfonso de León; doña Catalina de Cardona, mujer famosa por la vida que llevó de ayunos, oración y austeridad, fundadora de un monasterio en la Roda. De ésta, Moya da noticias sin especificar la fuente de donde las saca (págs. 97r-98v). El artículo LXI está dedicado a Asella, virgen romana, preclara por su vida de oración y penitencia.

## MUJERES EJEMPLARES DEL SANTO REINO

El artículo LXII es para nosotros altamente significativo. Está dedicado a Quiteria Ruyz de Texerina, de la que Moya exalta su ardiente deseo de conservar intacta su virginidad y la vida de penitencia que llevó. La fuente de donde saca las noticias Moya no la cita. Puede que fuese contemporánea suya. Seguramente su fama se habría extendido por los pueblos limítrofes y vino a conocimiento de nuestro Bachiller. De esta ilustre paisana, para edificación de otras, Moya dice lo siguiente: «Quiteria Ruyz de Texerina, natural de Villa nueva del Arçobispo, donzella de gran perfection, y bondad, determino de consagrar a Dios su virginidad, y como fuesse en extremo hermosa, un su conciudadano, persuadia a su padre se la diesse en matrimonio, y como le fuesse respondido que no se queria casar, mientras mas lo despedia, mas se encendia en su desseo, y mas importunava. Diose tan buena

(105) Las noticias que ofrece Moya de santa Genoveva son muy escuetas. Sus contornos sustanciales son los heredados de las primeras vírgenes, según el modelo de Tecla, y en ellas destacan como virtudes la fe, la piedad, el amor, la energía y el valor.

maña que el padre la otorgo con el, contra la voluntad de su hija. Llegado el día de las belaciones, estando comiendo le sucedio un dolor al desposado, de que murio en pocos dias. Y assi esta donzella, en breve se vio casada, y biuda, y permanecio virgen, como lo avia propuesto, haziendo gran penitencia. Y quando murio le hallaron una cadena ceñida al cuerpo junto a las carnes» (Libro I, artículo LXII, pág. 99r).

El artículo LXIII del primer libro es para doña Anna de Sobrañis, natural de la Gran Canaria, mujer muy dada a las limosnas y que hizo voto de virginidad, de la que se cuentan sus desvelos y plegarias para poder mantenerlo, sin llegar al casamiento como había sido concertado pese a su oposición (págs. 99r-100v). Era hermana de Gerónima de Sobrañis, esposa de Juan Pacheco y Benavides, corregidor de aquella isla. Ésta era contemporánea de Moya y, no obstante viviese en las islas, muy lejos de nuestro autor, las peripecias que le acaecieron y lo ilustre que era por su «vida en penitencia y oración y en obras de caridad», quizás viniera a saberlas Moya —como en otros casos tampoco en esta ocasión cita su fuente—, por estar emparentada esta dama con la familia de los Benavides, condes de Santisteban del Puerto. Como afirma A. Valladares, y como las dedicatorias de varios libros de Pérez de Moya así lo atestiguan, con esta noble familia santistebaña nuestro Bachiller mantuvo una estrecha relación a lo largo de su vida, por lo que no es extraño que tuviera acceso a esta información que aquí se relata (106).

Otra coetánea de Moya fue doña Leonor de Toledo, que teniendo una posición relevante en la corte de Felipe II, dejó el mundo e ingresó en un monasterio. Su ejemplo lo siguieron otras (artículo LXIII).

Después vienen tres damas giennenses más de las que Moya relata sus virtudes, conocidas porque vivían en tiempo del autor en villas relativamente cercanas a Santisteban. Por su interés, reproducimos íntegros los artículos. En primer lugar está doña Francisca de Luna y Sandoval (artículo LXV, págs. 101r-101v) «hija de Sancho Rodriguez de Sandoval, y de doña Leonor de Luna natural de la villa de Veas (107). Siendo de edad de treze años con ser unica, y rica y hermosa y de Illustre linage, determino dexar el mundo y consagrarse a Dios, y para huyr las ocasiones, y mejor salir con

(106) Cfr. A. VALLADARES REGUERO: «El Bachiller Juan Pérez de Moya: apuntes bio-bibliográficos», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 165 (1997), 374-375.

(107) Se refiere a Beas de Segura, villa relativamente cercana a Santisteban.

as mismas mujeres con insistencia por tenerse alcanzado licencia de sus padres para retirarse a un monesterio de Descalzas de la orden del Carmen muy penitentes, que ay en la dicha villa (118), y como esta no la podía alcanzar ni las monjas en ella, la quissessen recibir, determinaron una noche y a casa de unas señoras beatas sus conuectas, y compañeras en virtud que vivian pased en medio del monesterio (119), y persuadellas le hagan merced de con una cuenta la descalzigua por una ventana alta que caya al monesterio. Hizose assi, y como la cuenta fuese mas corta que el altura deauisse caer. Acudieron al ruido las monjas, y admiradas de ver como no se avia

(118) Sobre la fundación de Beas, la monja Teresa de Jesús nos da noticias de ella en su libro *Las fundaciones*, cap. 22. Cf. Santa Teresa de Jesús: *Obras completas*. A cargo de Maximiliano Herrero. Ed. Sigüente, Salamanca, 1997, 434-441.

(119) Estas mujeres, denominadas con el nombre de beatas, adoptaron una forma peculiar de vivir: se involucran de llevar una vida santa en el mundo, fuera de los claustros, pero libres de todas de cualquier tipo. Venían de forma soltera, con cosas pocas y pocas del mundo salvo y a menudo, sin descalzas. Existían ya anteriormente en la Baja Edad Media, viviendo en solitario y en una pequeña comunidad de mujeres a veces, pero se desarrollaron en el siglo XVI debido a un doble fenómeno: la preocupación por la perfección cristiana y la falta de hombres, causadas en el ejército y en las expediciones a América. Durante la predicación de san Juan de Ávila, que escribió pensando en ellas su obra *Sus filia* (1556), además en Freyrol había más de seiscientos. Existieron por millares en toda España. En Beas había entre mil y dos mil cuando se estableció el proceso contra los alumbrados de 1574-1592. En Jaén, doble número que en Beas. Para ayudarles en su espiritualidad se escribieron *Regel de virginidad*, con el esfuerzo espiritual de caridad y los misterios de la Virgen en por (Burgos, 1539), y sobre todo, *Avon de yeste virginidad* (Barcelona, 1596), de Diego de Valdivia, discípulo del Maestro Ávila y profesor en Beas y Barcelona. Esta obra es un auténtico manual que expone las obligaciones del estado de «virata»: oración vocal, penitencia, trabajo manual, vacaciones humildes, evitar atrevimiento y escándalo... No pocas grupos de beatas constituyeron algunas reglas religiosas. Algunas guardaban clausura y se llamaban «emparedadas». Los alumbrados de Jaén animaban a las mujeres a hacerse beatas jóvenes, según su opinión, esta condición era un estado mayor que el matrimonial. También las animaban a profesar como religiosas, a quitarse las paños y chapines, a vestir cosa pocas y manos seguras y sin curas ni cosas vanaas, a andar descalzadas y sucias, a hacer una vida de caridad. En el siglo XVI encontramos algunas obras escritas a modo de Regla para configurar religiosamente a una vida de acuerdo con una serie de preceptos espirituales. Cf. Regla y modo de vida de las hermanas de Jesús y María de nuestra Señora del Carmen con unas exortaciones de virtudes merced. Compuestas por el padre Miguel de la Fuente de la misma orden, impresas en Toledo, en casa de Bernardino de Caceres, 1605. *La Regla que profesaron las Beatas de la Terçera Orden de Predicadores la vida de Santa Catalina de Sena y otras con una oración en defensa que el P. Domingo fue el primer Inquisidor*. Por el P. Fr. Juan Caparrós de la misma Orden. En Valencia por Juan Crisóstomo Carriz, 1611. Sobre toda esta temática cf. M. Arenas: *La virginidad española en el siglo XVI*, Ed. Castalia, vol. I, Madrid, 1977, 524-527, id.: *Nueva vida de la mujer española (1500-1700)*, Ed. F.E. Madrid, 1976. A. Blázquez: *Historia de los alumbrados*, Ed. F.E., vol. II, Madrid, 1978. Y BEAS, en BEAS, de BEAS, «Los alumbrados de la diócesis de Jaén», *Revista Española de Teología*, 3 (1969), 343-383.

muerto, començole a reprehender el Abbadesa, deziale, si os uvierades hecho pedazos, que buen disparate fuera? Respondio la virtuosa donzella, por bien empleado lo diera yo, en aver sido en servicio de aquel Señor que me trae aquí. Quisiera el Abbadesa hecharla fuera, por no desgustar a sus padres, mas viendo que dezia, que sino era echa pedazos que no avia de salir del monesterio. Dieron desto noticia a sus padres, y deudos, y aunque lo sintieron mucho, la dexaron, do esta oy en dia haziendo vida de grande exemplo, con no pequeña confussion de los que somos floxos en el servicio de Dios».

Lo dedicado a Beatriz de Villanueva es más escueto. Dice así: «Beatriz de Villanueva, natural de Jaen, de generacion noble, offreciendosele un casamiento de mucha calidad y nobleza, lo menosprecio, por conservar su virginidad, y se recogio en compañía de las emparedadas de Baeça. Hizo allí gran penitencia, con ayunos y oraciones, trayendo por silicio a rayz de las carnes un rallo de hierro, dexando gran memoria con su buen exemplo de vida, murio de edad de setenta años» (artículo LXVI, pág. 102r).

Finalmente, en este libro, aparece María Alonso, «natural de Yznatorafe donzella hermoçada de virtudes, consagrose a Dios, y sirvióle en habito de beata, haziendo gran penitencia, con ayunos, y cilicios, y disciplinas, y vigi-lias. Dormia poco, y en el suelo. Tenia en su aposento una campanilla, de la qual atava una cuerda a su brazo, quando se queria dormir, para que en me-neandose, el sonido la despertasse, para bolver a orar. Estando una noche en oracion, entraron por una ventana dos demonios en figura de dos moços acuchillandose, con gran furia, y dandose ella poco dello, y no cessando de orar, la dexaron. Aunque este caso quieren dezir, que acontecio a otra beata del mismo pueblo, llamada Teresa Gonçalez» (artículo LXVII, págs. 102r-102v).

Termina el capítulo I, dedicado a exaltar la virginidad por el Reino de los cielos, con los artículos del LXVIII al LXXI, en donde se mencionan a Cyrila; Demetria y Juliana, Tharsillia e Hirundina, todas ellas vírgenes romanas de la antigüedad (págs. 102v-103r). En total son quince las mujeres ilustres referidas por Moya, de las cuales cuatro pertenecientes a la tierra del Santo Reino.

## ENCOMIO DE LA INSTITUCIÓN MATRIMONIAL

El capítulo segundo de este primer libro está dedicado a «vidas de sanctas, y de otras illustres mugeres, que fueron casadas». Es notorio que Moya no sea desequilibrado en la ponderación de los diversos estados. Podía

sólo haberse reducido a elogiar el estado virginal, tradicionalmente muy considerado en la Iglesia. Sin embargo, en su afán de sumar, y dándole a aquel el puesto de privilegio que tenía, no por ello deja de fijarse en la institución matrimonial. De este modo, se dedica a plasmar vidas de mujeres casadas, que vivieron en grado heroico el sacramento del matrimonio, para animar a otras a recorrer el mismo camino y para fundamentar las líneas básicas que configuran a la esposa cristiana. Por tanto, lo que vinculará a todas en este capítulo son las nupcias y se diversificarán por el martirio, la santidad, etc. También se incluyen las viudas, a quienes se alaba por la continencia que supieron mantener sin contraer segundas nupcias en virtud del gran amor que tuvieron a sus maridos. Generalmente, tras la muerte de los mismos, muchas abrazaron el estado religioso o se dedicaron al ejercicio de las obras de caridad y a una vida de oración y penitencia (v.gr. Ángela de Foligno, doña Isabel, condesa de Ureña; Antonia la menor; Annia, Marcella y Valeria).

La formación de las futuras esposas ya tenía un magnífico exponente en el *Libro de las virtuosas e claras mujeres* de don Álvaro de Luna (1390?-1453). En igual sentido se encauzan dos obras de Mosén Diego de Valera *Defensa de virtuosas mujeres* y *Breviloquio de virtudes*. Este caballero y escritor español, hijo del famoso médico Alonso Chirino, autor del *Menor daño de Medicina*, nació en Cuenca en 1412 y murió probablemente en 1486. Fue un personaje destacado en la corte castellana, hombre de confianza de Juan II y cronista a la vez de Enrique IV y de los Reyes Católicos. De cierta relevancia, por la fustigación que hace de los vicios en las malas mujeres, es la obra de Alfonso Martínez de Toledo, el Arcipreste de Talavera (1398-1470), *Corbacho o Reprobación del amor mundano*, impresa por vez primera en 1498 (110). Otro caso digno de mención, esta vez en tono más positivo que el anterior, es la obra *el Triunfo de las donas*, de Rodríguez del Padrón, hidalgo gallego, educado en la corte de Juan II (111). En esta misma senda se puede citar la obra del valenciano Luis Vives (1492-1540) que, como preceptor de la reina Catalina de Inglaterra y de su hija, la futura María de Inglaterra, escribió en latín una obra moralizante titulada *De institutione feminae christianae*. No menos importante fue la obra del Obispo Antonio de

(110) Cfr. V. GARCÍA REY: «El Arcipreste de Talavera, Alonso Martínez de Toledo», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 5 (1928), 298-306.

(111) Cfr. M. R. LIDA DE MAIKIEL: «Juan Rodríguez del Padrón. Vida, obras», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 6 (1952), 313-351.

Guevara (1480-1545) *Letra para los recién casados*, o el libro del agustino Alonso Gutiérrez de la Vera Cruz, titulado *Speculum Coniugorum*, publicado en 1562 en Salamanca. A la mujer casada también habían prestado su interés Pedro Luján en los *Coloquios matrimoniales*, J. de Espinosa en el *Diálogo en laude de las mujeres* y Alonso de Herrero en el *Espejo de la perfecta casada*. De otro agustino, Fray Martín de Córdoba, tenemos otro volumen igualmente significativo en esta línea. Se trata del *Jardín de las nobles doncellas*, escrito en el siglo XV a instancias de doña Isabel de Portugal como breviario de educación para la Infanta Isabel, que luego sería la Reina Católica. Pero la cumbre de la literatura de este género la alcanzará Fray Luis de León. Nació en Belmonte (Cuenca), en 1527. Estudió en Salamanca bajo la dirección de Melchor Cano y otros famosos maestros. Profesó en la orden agustina en 1544. En la Universidad salmantina impartió con suma lucidez su docencia. Sufrió un proceso inquisitorial en 1572 y tras cinco años de prisión fue declarado inocente y devuelto a la cátedra. Murió en 1591, pocos días después de haber sido elegido provincial de su orden en Castilla. En su obra *La perfecta casada* trata de los deberes de la mujer en dicho estado y expone el ideal de esposa cristiana. La obra fue dedicada a su sobrina María Varela Osorio, con motivo de sus nupcias, y publicada en Salamanca en 1583, año de impresión de la obra de Moya sobre santas e ilustres mujeres. Son ambas obras floración de una misma semilla. En efecto, estos autores participan todos de un mismo pensamiento que Fray Luis de León expone con claridad meridiana en el prólogo de su obra: «Este nuevo estado en que Dios ha puesto a vuestra merced, sujetándola a las leyes del sancto matrimonio, aunque es como camino real, más abierto y menos trabajoso que otros, pero no carece de sus dificultades y malos pasos, y es camino adonde se tropieza también, y se peligra y yerra, y que tiene necesidad de guía como los demás; porque el servir al marido, y el gobernar la familia, y la crianza de los hijos, y la cuenta que juntamente con esto se debe al temor de Dios, y a la guarda y limpieza de la consciencia (todo lo cual pertenece al estado y oficio de la mujer casada), obras son que cada una por sí pide mucho cuidado, y que todas ellas juntas no se pueden cumplir sin favor particular del cielo. En lo cual se engañan muchas mujeres, porque piensan que el casarse no es más que, dejando la casa del padre, y pasándose a la del marido, salir de servidumbre y venir a libertad y regalo; y piensan que, con parir un hijo de cuando en cuando, y con arrojarle luego de sí en los brazos de una ama, son tan cabales mujeres que ninguna las hace ventaja: como a la verdad, la condición de su estado y las obligaciones de su oficio sean muy

diferentes» (112). Desde este razonamiento, Fray Luis, explica las virtudes que deben adornar a la esposa cristiana a partir de un comentario en sentido literal del texto bíblico de Prov 31, 10-31. El agustino desciende a detalles muy singulares de orden práctico en todo lo referente a la vida del hogar y retrata con viva lozanía y prosa sin igual distintos retratos que encarnan los más variados talantes y estilos de vida entre las mujeres casadas (113).

La relación de esposas que Pérez de Moya ofrece en su obra, sin alcanzar ni mucho menos la altura literaria de Luis de León, es también una apología de la mujer casada, cuya identidad y misión despliega el de Santisteban a través de un nutrido repertorio de retratos femeninos. A cada una de ellas, como en el capítulo anterior, dedica un artículo más o menos extenso. Así, resalta las virtudes de santa Ana, madre de nuestra Señora la Virgen María (artículo LXII); santa Isabel; san Lucía, mártir (114); santa Mónica, madre de san Agustín, y de su hija Perpetua, y de sus dos Adnadas (115); santas Liliosa y Natalia; Perpetua y Felicidad, mártires (116); santa Felicitas, mártir, madre de siete hijos mártires; la madre de Melitón; santa Sinfrosa, madre de siete hijos mártires; la Macabea (117); santa Blandina, mártir; santa Melliania; santa Elena; santa Icte; santa Begga; Blitilda; doña María, hija de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel; Susana (118); doña Teodora, mujer del Príncipe don Severino; santa Isabel, reina que fue de Portugal; santa Isabel, hija del Rey de Hungría; doña Teresa de Quiñones, mujer de don Fadrique, Almirante de Castilla; doña Teresa Enríquez, mujer del Comendador Mayor,

(112) FRAY LUIS DE LEÓN: *La perfecta casada*, Ed. Espasa Calpe (=Austral), Madrid, 1975, 9.

(113) Cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS: *Fray Luis de León, teólogo*, Ed. CSIC, Madrid, 1950; C. VOSSLER: *Fray Luis de León*, Ed. Espasa Calpe (=Austral), Madrid, 1960; J. L. ALBORG: *Historia de la Literatura española*, Ed. Gredos, vol. I. Madrid, 1970, 799-831.

(114) Este personaje es distinto de las otras dos Lucías que anteriormente han aparecido. No cita la fuente de donde extrae las noticias de esta santa romana.

(115) Se refiere a dos hijas naturales que tuvo Patricio, el marido de santa Mónica, y que ésta crió como si fueran propias suyas.

(116) No se indica la fuente para la elaboración de su relato.

(117) La historia de esta mujer que conservó la fortaleza y no renegó de su fe, no obstante, para persuadirla a ir contra sus creencias martirizaran delante de ella a sus siete hijos, es el patrón escriturístico en donde se inspiran muchos relatos posteriores con esquemas similares. Cfr. 2 Mac 7,1-42.

(118) Personaje bíblico muy conocido porque defendió su castidad de las intrigas de dos viejos que querían abusar de ella. Moya indica la cita bíblica (cfr. Dan 13,1-64).

don Gutierre de Cárdenas; Theodelinda; Angela de Poligno (119); Paula romana; Concordia, mártir; Valeria, mártir; Buenaventura, hermana de santa Catalina de Siena; Sarepta (120); la Cananea (121); la mujer que Dios sanó de flujo de sangre, nombrada Verónica (122); la buena viuda que ofreció en el Templo las dos monedillas; Sunamitis (123); Noemí y Rut; Ana, hija de Paniel; la hebrea cautiva de Naamán; Bilía o Blivia; Infanta doña Teresa; Gala o Galla; doña Isabel, condesa de Ureña; Antonia la menor; Annia y Marcella y Valeria, y otra mujer que se casó muchas veces, y Gorgóphone. Por tanto, Moya, dedica al elogio de las virtudes de mujeres casadas 42 artículos.

En este capítulo Pérez de Moya no ha elogiado a ninguna mujer de Jaén.

## EN DEFENSA DE LA CASTIDAD

En el capítulo III «se ponen mugeres de gran castidad, y de algunas que murieron por ella». Consciente de la singularidad de los ejemplos que va a enumerar, Moya, siendo precavido, afirma antes de comenzar los artículos de este capítulo: «Advierto a los lectores que no es licito matarse nadie por la honra, ni por la Castidad, ni por otro algun respecto ni acaecimiento humano, porque las mugeres que aquí nombramos que lo hizieron, fueron Gentiles sin lumbré de Pe, y perdieron el alma por ganar fama, y si se lee

(119) Ángela de Poligno, a quien ensalza Moya en su artículo XCVI, recibirla el título de Beata de labras de S.S. Clemente XI (11 julio 1701). Sin embargo, la voz del pueblo y el uso de algunos escritores, como el mismo Moya o san Francisco de Sales, en su obra *Pilotea*, le atribuyen ya el título de santa.

(120) Este nombre se refiere a la ciudad en donde vivía una viuda, de nombre desconocido, mujer de fe, que se vio beneficiada en su pobreza por el profeta Elías. Moya cita la fuente según la Vulgata: Regum, libro 3, cap. 17, que corresponde a nuestro 1 Re 17. Igual ocurre en otras ocasiones. A partir de este artículo CI hasta el CIX se enumera una serie de conocidas mujeres bíblicas.

(121) En general, Pérez de Moya, en este episodio de la mujer sirfenicia, como cuando elogia a otros personajes bíblicos, no se limita a reproducir literalmente el texto de la Sagrada Escritura, sino que más bien lo amplía glorándolo, al estilo de los *midrasines* judíos.

(122) Aquí nuestro Bachiller mezcla el texto bíblico de la curación de la hemorroisa con leyendas piadosas que la transforman en una de las mujeres de la Pasión (cfr. Lc. 23,36-32), a la que se designa con el nombre de Verónica (= verdadera imagen) y que secaría el rostro de Cristo con un lienzo en el que quedó impresa la imagen de su faz. En este artículo, Moya, equivoca sus fuentes pues cita Lc. 5 como capítulo en donde se relata la curación de la hija de Jairo y en realidad es Lc. 8/40-56.

(123) Con este gentilicio se mencionan dos mujeres bíblicas: La mujer rica de Sunam, que fue objeto de dos milagros por parte del profeta Eliseo (cfr. 2 Re 4,3-37) y, Abiyag, la sunamita que auxilia a David en su vejez y que fue pedida por esposa por Adonías, hermano de Salomón y a quien éste, por esta petición, mandó ejecutar (cfr. 2 Re. 1,1-2,25).

de algunas sanctas que lo ayan hecho, sera por inspiracion de Dios, lo que el se sabe. Y estos exemplos, son de admirar, y no de emitar» (pág. 148v). Moya tiene como fin inculcar en sus destinatarios el amor a la castidad, pero sabe que el medio usado por las mujeres que va a nombrar para conservarla, en numerosos casos, no es el correcto, por eso advierte a los lectores y distingue entre la admiración, que se queda en el mundo anímico, y la imitación, que transita por el mundo de la praxis, recordando que es sólo la primera la que en este capítulo se debe utilizar. En efecto, algunas mujeres fueron capaces de inmolarsé por no ser violadas o, una vez forzadas, se vengaron asesinando a aquellos que las vejaron. Además, los modelos que se proponen no son unívocos. En efecto, como veremos, en la breve enumeración de casos de este capítulo, aparecen pocas mujeres cristianas. Los patrones propuestos están tomados de la mitología o de otros ámbitos fuera de la fe cristiana. Las fuentes de donde extrae la historia de estos personajes son, por ello, paganas, v. gr. Tito Livio, Plutarco y, como en el caso del artículo CXVII, dedicado a Lucrecia, añade la opinión de san Agustín que juzga desde la fe el episodio narrado (cfr. págs. 148v-150r).

Los ejemplos que enumera en este capítulo Moya son los siguientes: Lucrecia; mujeres phocenses; mujeres de los Cimbros y Teutones; una Mora y Saladín; Isabel de Morales (124); doña María Coronel; Hippo; Baldraça; Sofronia y Dula; Britonia; una madre y cuatro hijas; Brasilla; una mujer de Aquileia; las vírgenes de Simancas; una Tebana; otra Tebana; unas Esparcitas; Estinfálida, que otros dicen Stiphalis; Micca; mujeres de Capua; hijas de Phidón; las siete doncellas Milesias; unas italianas; Timoclia. En total Moya relata veintitres ejemplos en este capítulo.

## ESPOSAS EJEMPLARES

En el capítulo cuarto de este primer libro, el Bachiller Pérez de Moya, exalta a mujeres que tuvieron un gran amor a sus maridos. Son sobre todo

---

(124) A propósito de esta mujer, Moya nos informa del episodio ocurrido con una mujer de Bedmar: «Ysabel de Morales natural de Erena, y muger del doctor Medina medico, entrando un hombre en su aposento una mañana, en saliendo su marido a visitar, con intento de aprovecharse della, o quitarle la vida sino consentia, con la espada desembaynada en la mano. Quando ella assi le vio sin ninguna turbacion, dizele que buelva a cerrar bien la puerta, porque nadie les estorve. Confiado el en esto, volvio, y tan en tanto, la virtuosa muger, se echo en camisa como estava por una ventana muy alta que salia a la calle. Autor desto es Luys Çapata en el canto veynte y ocho de Carlo Famoso. Lo mismo hizo una hermana de un Alonso Ruyz, natural de la villa de Bedmar» (artículo CXX, pág. 153r).

ejemplos sacados de la antigüedad clásica, de Grecia y Roma, y unos pocos casos de ejemplos bíblicos o de españolas insignes. En estas damas, tendrán aquellas mujeres que se acerquen a su obra un estilo de vida matrimonial.

Por orden de aparición, Moya exalta las hazañas de la griega Cáríte; Camma; Iulia; Penélope; Argia y Concubina; mujeres de Germania; Violantina; hija de Demotio y Panthea; Orestilla y Neunime, Milesia, Verónica y Chía; Gumnilda, Hilonome y Thessala; Cimía o Curía; Pompea o Paulina; Charmione; la mujer de Fulvio Torcato; Arthemesia o Archimedora; Porcia; unas Indias; Tercia Emilia, o Terencia Emilia, y Pocris, y doña Juana de Ortega Herbas (125); una Romana; Hipsicratea y Beatriz; Sulpicia y otras; Sara y Stratona; Milesia y de unas Lacedemonias descendientes de los Minias (126); de una Emperatriz de Constantinopla; Laudomía; Evadne; Michol o Nicol; Griseldes, marquesa de Saluces; Egeria; doña Sancha, mujer del conde Fernán González; doña Leonor de Mendoza. El último artículo de este capítulo es para una giennense, doña Isabel de Chaves: «No mostro menor Amor conjugal, que las dichas doña Ysabel de Chaves natural de Jaen,

(125) Moya cita varias mujeres en el artículo CLVIII de distinta procedencia como ejemplos de esposas que han sabido disculpar las infidelidades conyugales de sus esposos, la primera era romana, la segunda ateniense y la tercera era de su villa natal. El artículo de Moya dice así: «Tercia Emilia, que otros nombran Terencia Emilia, aunque fue ilustre, así por la nobleza del linage de los Emilianos, de donde ella procedía, como porque fue muger de Scipion Africano el primero, y madre de Cornelia la que engendro a los Gracos, empero mas la hizo clara una hazaña de que yo no la loara, y fue que aficionadose su marido, de una camarera, o esclava suya, y aprovechandose della. Sabido por Tercia Emilia (con ser según afirman la mayor injuria que a la muger casada se puede hazer) no solamente no lo manifesto, ni se quexo, mas antes lo dissimulo, por no enojar a su marido, tanto que aun el mismo marido, aun no vio en ella, jamas señal de que lo supieue, y no solo paro en esto, mas aun muerto Scipion liberto a la esclava, y la caso horradamente, pareciendole que la que avia sido amiga de su marido, no era raxon lo fueue de otros. En que parecio bien no ser vengativa, y amar mucho a su marido. Autor desto es Valerio Maximo, libro 6, capitul. 6. Tiraquello en la ley treze conubial numero 35, pone otras deste genero. Y yo pudiera poner una señora de nuestros tiempos nombrada doña Juana de Ortega y Herbas, vezina de Sant Estehan del Puerto, que temporizaba con Francisco de Benavides su marido, siguiendo las pisadas de Tercia Emilia» (págs. 171r-171v).

(126) Moya en este artículo CLXIII elogia el valor de estas mujeres que, por amor a sus maridos condenados a muerte, no dudaron en, con astucia, sustituirlos en la cárcel para que ellos escaparan de la pena capital. Junto a estos ejemplos de la antigüedad, Moya nos informa, al estilo periodístico, de un suceso parecido ocurrido en Madrid durante la redacción de esta obra suya: «Esta hazaña se renovo segun el poeta Francisco de Guzman dize, en Madrid pocos dias ha, porque visitando una muger a su marido condenado de sentencia capital, trocando el beudido el prevo con una criada suya se salio» (pág. 174v). Con esto Moya viene a recordar que la virtud no es sólo patrimonio de tiempos pretéritos sino que en su contemporaneidad seguía encamándose en personas conocidas.

muger de Juan Mexia mayorazgo de aquella ciudad, la qual quedando biuda y sin hijos, aviendole el marido gastado de su dote algunos millares de ducados, y dexado muchas otras deudas, aconsejandole no pagasse pues podia entregarse de lo que hallasse fuera del mayorazgo, por su dote. Respondio, nunca Dios quiera que el anima de mi marido pene, porque sus deudas queden por pagar, y assi hizo dar a censo todo lo que le quedava de la dote, para que de los reditos fuessen cobrando los acreedores. Y sin reservar para si ninguna cosa, se recogio con una su hermana, con el ayuda de la qual, y de sus manos se sustentava» (artículo CLXXII, pág. 182r).

## MUJERES PENITENTES

El último capítulo de este primer libro, el quinto, está todo él dedicado a narrar vidas de mujeres que fueron muy penitentes. El contenido de la temática explica que, si en el anterior capítulo Moya usa, sobre todo, modelos paganos, en éste recurre a santas mujeres que, por amor a Dios o para remisión de sus pecados, llevaron una vida de penitencia, renunciando y oración, de ayuno y mortificación, de desapego a los bienes materiales y sacrificio, generalmente en lugares solitarios o en ambientes monásticos. Y todo esto, no como un ejercicio de sadomasoquismo, como algunos pudieran pensar, sino como expresión dinámica de las virtudes teologales, como vía de unión con Cristo y como preludeo, en el tiempo, para gozar de la futura glorificación y de la vida eterna. En las diferentes mujeres propuestas por Juan Pérez, encontramos elevados niveles ascéticos. La vida penitencial y ascética es propia del lenguaje espiritual, pues significa el esfuerzo personal y fatigoso que, sostenido por la gracia de Dios, el cristiano escoge para alcanzar la perfección sobrenatural. Los ejemplos que propone nuestro Bachiller manifiestan, por quienes los encarnan, un compromiso personal consciente y voluntario, libre y amoroso que se fundamenta en la Palabra de Cristo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» (Mt 16,24).

La lectura de las páginas de este capítulo, en nuestra mentalidad, puede resultar incomprensible. La penitencia es una virtud bastante olvidada, por la creciente insensibilidad frente al pecado. Pero, para el auténtico discípulo de Cristo, tiene su sentido. El concilio de Trento la define como «dolor interno y aborrecimiento del pecado cometido, con el propósito de no pecar en adelante» (DS 1676). Esta virtud, a la luz del tridentino, tiene, pues, estos componentes: dolor por haber realizado una mala acción en cuanto ésta es ofensa a Dios, desaprobación actual de la misma, que es el único modo

al alcance para destruirla, propósito firme de no repetirla, que es la prueba de que el dolor es sincero. El acto de la virtud de la penitencia se denomina arrepentimiento (127).

Encabeza la lista de dieciocho mujeres penitentes, como no podía ser de otra forma, santa María Magdalena (artículo CLXXIII). A ésta se añaden: santa María Egipciaca; Aglars; santa Teodora Alejandrina; Laercia (128); Niceta y Aquilina; la adúltera; Thais; Pelagia o Margarita; Madama Roxa; santa Afra e Hilaria y otras cinco mártires. Con estas historias, Moya da por finalizado el libro primero de su obra.

## HEROÍNAS POR DIVERSOS MOTIVOS

El libro segundo contiene ochenta y seis capítulos dedicados a «mujeres, que se señalaban por hechos heroicos, así de cosas de guerra, como de consejo y gobierno». También elogia a mujeres que supieron guardar un secreto a pesar de sufrir tormentos, «según esto mucho se engañan los que dicen que las mujeres, aquello callan que no saben» (pág. 261r).

Con estas características, este capítulo proporciona una singularidad a la obra de Moya ya que la saca de la mera hagiografía, volcándola más a los relatos de índole histórica. Al ser más coetáneas al autor, éste usa de un mayor número de fuentes documentales, con fechas y otros datos. No obstante, también en este libro tenemos mujeres sacadas de la mitología grecolatina, de la antigüedad clásica y algunos ejemplos bíblicos. Abundan las damas de la nobleza y las reinas ejemplares. Encontramos muchas mujeres sin nombre propio, sólo con el gentilicio, hecho que nos indica que más que el nombre lo que importa es destacar la virtud que se quiere encomiar, en bastantes casos se trata de la fortaleza en el sufrir o de la astucia.

La estructuración del libro varía con respecto al anterior. Si en el primero hallamos cinco extensos capítulos, divididos a su vez en pequeños artículos, en este segundo, se multiplican los capítulos (ochenta y seis). Ahora bien, éstos son muy cortos, sin subdivisiones en artículos como en las pá-

(127) Cf. M. J. JORDA: «Avaricia y humillación», *Teología Espiritual*, 7 (1963), 263-304; R. TIRRELL: *Avaricia y peregrinidad*, EA. Signaux, Salamanca, 1965; C. J. JORDA: *La obediencia de la penitencia*, EA. Kailp, Madrid, 1969; S. MILLER: *Perdido y perdido en la comunidad exterior*, EA. Studium, Madrid, 1973.

(128) Esta mujer no es ejemplo de penitencia sino de conversión y posterior martirio por la fe cristiana.

ginas precedentes. La numeración es autónoma, es decir, no comienza el segundo libro por el capítulo sexto sino por el primero. Esta articulación sigue respondiendo al mismo fin de la anterior: parcelar la lectura en pequeños fragmentos que posibiliten la meditación y asimiliación, también la memorización y la posterior difusión oral.

Comienza este segundo libro con el caso de Doña Isabel, reina de Castilla y León (capítulo I), y sigue con Madama Margarita; doña Blanca, reina de Francia; doña Berenguela (129); doña María, reina de Aragón; Madama Luisa de Saboya; Juana, reina de Francia, fundadora del Colegio de París, que dicen de Navarra; doña María, Reina de Hungría y de Bohemia y la Reina doña Leonor; Valasca, Reina de Bohemia; Margarita, reina de Inglaterra; doña Catalina, reina de Inglaterra; Mannia o Manica, reina de los egipcios; Amalasanthia; Tanaquil; Isabel, mujer del Rey Renato; Irene; Blanca Mirándula; Leonora, mujer de Hércules, duque de Ferrara; Paula Gonzaga, y Cicilia, su hija; Catarina, condesa de Imola; María Puteolona; Harmonia; Ursina, mujer de Guido Torrello; Antonia, hija de Ursina; Bona Lombarda; Juana Pulcella; Doña María Baçan; doña María de Mendoza, condesa de Santisteban; doña María Manrique y doña Mencía de Mendoza, su hermana; Alcaldesa de Martos; doña Aldonza Zagal; doña Sancha Valenzuela; Teodora; doña Catalina Lasanz; de una asturiana; Señora de Ojén; doña Leonor de Céspedes y doña María de Monreal; doña Francisca de Molina; una flamenca; una mujer de Sanlúcar; Juliana de los Cobos o Juana Garçona; una vizcaína (130); judía de Calahorra; mujeres saguntinas; mujeres de Chfo; Teleslide y otras mujeres argivas; mujeres de Aquileya; mujeres espartanas y lacónicas; mujeres de Cuñi; mujeres de Beavays; mujeres de Soria; mujeres de Persépolis; doña María de Nidos; mujeres de Lacedemonia; mujeres de Úbeda; mujeres de Victoria; Megistona; una Tebana; de una macedona; una veneciana; mujeres animosas; una mujer que mató a Pirro; Archidamia; Claudia; de una romana; Choelia y sus nueve compañeras; Philotis o Tutola; Yoles o Yole; Agripina; mujer de Asdrúbal; Cyane y Medulina; Sophonisba; Sempronía; Amesia; Judith y Abram (131); Ester, reina de los persas; Délbora o Debora y Jahel; Abigail; una hebrea; Alejandra; las amazonas; Zenobia;

(129) Es otro personaje distinto del que aparece en el libro primero.

(130) De estas últimas nueve damas, Moya no ofrece fuente alguna para la elaboración de los respectivos capítulos a ellas dedicados.

(131) Abram no es el nombre del patriarca sino que así llama a la criada de Judit en el capítulo LXXV.

Tamaris; Semiramis; Leena, Epicharis y Quintilia y otras dos mujeres que murieron por guardar secreto. Con estos ejemplos termina este segundo libro (págs. 201r-261r), que no es tan amplio como el primero.

## **BRAVAS MUJERES GIENNENSES**

Queremos resaltar que, en este libro segundo, Moya dedica varios capítulos a mujeres giennenses ilustres por sus artes de gobierno y su bravura. Ya hemos dado los nombres, ahora reproducimos los pequeños capítulos a ellas dedicados. Su lectura es curiosa porque nos suministra datos de la vida y costumbres del momento.

En en el capítulo XXVIII, aparece Doña María de Mendoça, condesa de Sant Estevan del Puerto. De ella dice Moya: «Doña María de Mendoça, hija de Pero Gonçalez de Mendoça, y de doña Aldonça de Ayala. Caso con Dia de Sanchez de Benavides, caudillo mayor del reyno de Jaen y Conde de sant Esteban del Puerto, fue muger de tan valor y gobierno, que entendia en los negocios de la guerra, proveyendo gente, y governandola. Escrivia a los Concejos del reyno, cartas exortatorias, para que fuessen a la guerra. Vino de los trabajos de la guerra a tullirse. Prometio tener novenas en el crucifixo de la Yedra (que es una Yglesia entre Uveda, y Baeça) a donde fue, y permitio nuestro Señor que el ultimo dia de las novenas sano, como si no uviera passado por ella enfermedad alguna. Autor es Gonçalo Argote de Molina en la historia de Baeça» (capítulo XXVIII, pág. 223v).

Inmediatamente después nos informa sobre «Doña Maria Manrique, hija de don Alonso de la Cueva, Señor de la villa de Bedmar, es tan señalada, ansi en animosidad como en cosas de gobierno y saber, que me parece que la naturaleza quiso en ella hazer prueba de si misma, poniendo en un cuerpo solo tantas excelencias y virtudes, quantas bastaran para poder cumplir con muchos. Y aunque de su vida se podria hazer grande historia, dexarlo hemos por agora porque vive. Tiene una hermana, que se nombra doña Mencia de Mendoça, casada con don Rodrigo de Cordova, de quien no digo nada porque las cosas grandes, y a todos notorias, mucho mas se encarecen callandolas, que pregonandolas» (cap. XXIX, pág. 224r).

En tercer lugar, nos ofrece noticias de Martos y su alcaldesa: «Teniendo el alcaýdia de la fortaleza de Martos, el conde Tello Alfonso, succedio que Benamar rey, que se intitulava de Arjona (que despues fue rey de Granada) vino con gran poder sobre Martos, y començola a combatir, y por poco la

tomar, por aver llegado a tiempo que no avia hombre ninguno en la fortaleza, salvo la Condesa y sus donzellas, que avia salido don Tello, con la gente que alli avia a correr la tierra, y quando la Condesa se vio cercada sin gente, mando a sus donzellas que se destocasen, y pusiessen de manera que pareciessen hombres, y tomassen armas, y se asomassen entre las almenas, y peleassen, lo qual se hizo assi, y se deffendio. Como mas largamente se trata en la historia del Rey don Fernando tercero deste nombre, capítulo 30» (págs. 224r-224v).

Tras estas noticias, sabemos lo sucedido a doña Aldonza Zagal, que también defendió Almería en ausencia de su marido. Llegamos así al capítulo XXXII, dedicado por Pérez de Moya a doña Sancha de Valenzuela, que ofrece abundantes noticias sobre Baeza. Lo reproducimos por su interés: «Después de derribada el Alcazar de Baeça, por mandado de la reyna doña Ysabel, quedaron en guardia de aquella ciudad don Diego Fernández de Cordova, Mariscal de Vaena, y Dia Sanchez de Carvajal señor de Jodar, y otros de su linage, y como a este tiempo estuviessen fuera della, ciertos cavalleros acordaron de juntarse algunos dellos, con intento de entrar encubiertamente en Baeça sin ser sentidos, y apoderarse della. Lo qual pusieron por obra un lunes de mañana en veynte y ocho de Abril de 1477. Succedio que a la entrada de la ciudad, supitamente murio a la puerta que dicen de los Cueros, el comendador de Sabiote, que con ellos yva, por lo qual fue sentida su entrada. Salio contra el Mariscal siendo de los primeros, que de sus casas saliesse al socorro, doña Sancha de Valençuela muger de don Rodrigo de Mendoza, la qual salio con un paves embraçado, y una lança en la mano, con la gente de su casa, y los desbarataron con muerte de quinze hombres. Como mas largamente se trata en la historia de Baeça y Uveda de Gonçalo Argote de Molina» (pág. 225r).

También Moya elogia el coraje y la audacia de una mujer de nuestra tierra. En efecto, sabemos que, Doña Francisca de Molina, «muger del Licenciado Alonso de Soto Calderon, estando en Baeça en el tiempo de las comunidades, cenando una noche, llego uno con una daga desnuda en la mano para matar al Calderon, viendolo doña Francisca venir primero, entro apriessa a su recamara que estava cerca, y tomo una espada, y una almohada, para adargarse con ella, y salio y estando los dos asidos de los braços le dio una cuchillada, y peleo con el hasta que le hizo huyr, dexandose un casco y la capa. Y ella herida en el carrillo derecho y en la mano de la espada, con que gano fama de animosa, y de muy amorosa a su marido» (capítulo XXXVIII, pág. 227v).

Más referencias nos da el Bachiller en este libro de otra mujer que, disfrazada, se hizo pasar por varón y demostró gran valor en la guerra. Este dato de cambio de personalidad Moya lo refiere varias veces en su obra por distintos motivos. En el presente lo razona como amor de la mujer al marido a quien, bajo forma varonil, mejor quiso servir. Dicho episodio lo protagonizó Juliana de los Cobos, o Juana Garçon. Cuenta nuestro autor que, «fue natural de la villa de sant Estevan del Puerto. Criose en las Navas, aldea de la dicha villa, con un labrador nombrado Juan Garçon. Ausentose su marido por muerte de un hombre, determino yrle a buscar, y acompañarle en sus trabajos, y para mas libremente poderlo hazer mudo el bestido en habito de varon, y nombrose Juan Garçon, y como no hallasse al marido fuesse a la guerra de Granada y asento por soldado, donde hizo tantas cosas, y tan señaladas hazañas contra Moros que quiso informarse el rey Catholico don Fernando, quien era. Descubriose ser muger, y considerando el rey sus servicios, le hizo merced, y le dio un juro con que viviesse» (capítulo XLI, págs. 228r-228v).

El último caso nominado en este segundo libro se refiere a unas mujeres cuyo nombre desconocemos. Las designa con el gentilicio. De una resalta su tenacidad y la valentía con que defendió la verdad. Por lo que dice, observamos que son contemporáneas suyas y, por la singularidad de lo acaecido, prefiere ser prudente y dejar sus nombres en el silencio. Así sabemos que, «en la ciudad de Ubeda vive una Señora, cuyo nombre callo, tan animosa, que poniendole un su hermano demanda, sobre cierta hazienda, le desafio, y no atreviendose el hermano combatirse con ella, quedo victoriosa, y assi vencio por su esfuerço y valentia, el pleyto, que por ventura perdiera por justicia. Otra muger vive agora en la misma ciudad, la qual sabiendo que un valiente moço se avia alabado, que la havia alcançado por amiga, se desfraco en habito de varon, y salio a el a una plaça, y echando mano a una espada, aunque el otro mucho se defendía, le dio una buena cuchillada por la cara, en señal de su mentira» (capítulo LV, págs. 234r-234v).

En el tercer libro, las noticias sobre giennenses ilustres serán más escuetas.

## MUJERES ERUDITAS

Llegamos al último libro de esta obra de Moya dedicada a las mujeres. El autor consagra su tercer libro a «mujeres doctas en varias ciencias». La introducción al mismo no tiene desperdicio porque, en ella, Moya, con la enu-

metación de mujeres sabias, quiere impugnar la concepción errónea que consideraba a las mujeres incapaces de acceder a la cultura en general. En efecto, a la mujer, tradicionalmente, no se la tenía como versada en ciencias. Entre otras razones, porque no se le permitía el cultivo de las mismas, que estaba reservado a los hombres. El razonamiento de Moya es acertadísimo: «Aunque toda sancta, se pudiera poner en este lugar, por aver tenido prudencia, para servir a Dios, y salvarse, hablando en nuestro lenguaje, que solamente dezimos Saino al que professando los estudios de las sciencias, es en ellas docto. Registraremos en este libro algunas Sanctas y otras mugeres assí antiguas, como modernas que fueron muy doctas, en letras Latinas, Griegas, Historia, y Retórica, y Astrología, Philosophia, y en sagrada Escritura (132) y otras cosas. Y pudiéramos traer tantas si nuestro intento fuera ser largo, que casi ygualaran al numero de los hombres, que tienen en esto nombre, y tan doctas, que han ganado palma, y primero lugar, a muchos que en lo mismo en diversas vezes, y en diversos tiempos se han exercitado. En que se entienda ser simpleza, queax los maledizientes dezir que las mugeres son inhabiles para percevir alguna doctrina, que si assí lo entendieran los antiguos, no movieran por cosa averiguada lo contrario, y fuera superfluo y mal gastado tiempo, el trabajo, que Plutarcho tomó en escrivir un famoso libro de reglas y preceptos del, como se les avia de enseñar, las sciencias, a las mugeres para salir en ellas con perfección» (págs. 361v-362r). Las que más abundan en las páginas elaboradas por Moya son las versadas en poesía y literatura, por una parte, y en el dominio del latín y el griego, por otra. Moya al respecto dice que, fuera de España, es «tan comun a las mugeres saber latin, como entre los hombres el escrivir» (pág. 311v). Este dato parece exagerado.

Moya se adhiere, con estos ejemplos de mujeres eruditas, a la corriente de Luis Vives que, en su *De institutione foeminae christiane* (1514), pro-

(132) Es curioso que Moya encuentre una cadena de mujeres perfectas en este ámbito. El índice de libros prohibidos de 1551 había oficialmente prohibido a Bidia en romance castellano y en cualquier otra lengua. Los eruditos, al respecto, se dividían en aquel momento. Cano y otros defendían que se prohibieran las traducciones de la Bidia en romance. Francisco Ferrí Cortá, valenciano, defende esa lectura en un magnífico tratado: *Donna vive se libro sacre et veritatis inquam convertende libr. dno* (Barcelona, 1556). Bartolomé de Carranza, arzobispo toledano, buscaba un término medio, a saber, vivir a la lectura y a las ciencias. También una vez pasada la crisis de aquellos años. Cf. ANDRÉS M., *La erudición española en el siglo XVI*, vol. II, 696. J. ESCOBAR, «Erudiciones españolas de las versiones bíblicas en romance antes del Tridentino», *Estudios Bíblicos*, 3 (1966), 523-561. J. C. VILLANOVAS, *De la lección de la Sagrada Escritura en lenguas vulgares*, Valencia, 1791. M. BACALLAR, *Erudición y España*, Ed. FCE, vol. II, México, 1966, 143-151.

pugnaba el cultivo de las dotes intelectivas de la mujer y su educación en campos científicos y literarios. La instrucción femenina debía compaginarse con el desarrollo en la mujer de otras actividades tradicionalmente a ella asignadas. Era, pues, una corriente que pretendía sumar y no parcelar en exceso los campos que cada uno de los sexos podía labrar.

Igual que el libro segundo, este tercero se divide en pequeños capítulos independientes. Este último es el más corto de todos los libros. Tiene sólo cincuenta y siete capítulos. Indica que, en este apartado, Moya encontró menos mujeres preclaras. Era natural porque, a pesar de los esfuerzos realizados por algunos pensadores, la promoción intelectual de la mujer siguió siendo el privilegio de una minoría. El mayor número permaneció en la incultura. Esto fue así, no como muchos dicen, por una situación social regida por esquemas cristianos cerrados, sino más bien como consecuencia de una errónea y falsa interpretación de los parámetros evangélicos que, como acertadamente indicaría Erasmo y otros, impidió la erudición de las mujeres y su realización personal como intelectuales. No obstante, a partir del siglo XVI, aunque en pequeño número, la mujer tuvo acceso a la Universidad durante un tiempo porque, a finales de esa misma centuria, la Universidad volvió a cerrar sus puertas a las mujeres durante tres siglos. Así, Salamanca permitió la entrada en sus aulas a las hijas de los letrados, de los nobles o de gente de posición muy acomodada. De esta forma, y Moya enumera a algunas, con el estudio, en España se formó un repertorio selecto de mujeres humanistas (133).

Comienza la elaboración de sus capítulos el Bachiller Pérez deteniéndose en la patrona de Jaén, santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir, ejemplo de cómo los que aman a Dios poseen una sabiduría que vence al mundo y a los más doctos de entre los que no tienen fe. Después sigue con otra Catalina, la de Siena, a la que se suman: Eugenia, virgen y mártir; santa Susana, virgen y mártir; Daría, virgen y mártir; santa Martina, virgen y mártir; santa Brígida; doña Isabel, reina de Portugal, princesa de Castilla; Gilla o Geisilla, reina de Hungría; Nicaula o Sabba; Constancia, princesa de Pisauro; Baptista y doña Isabel de Sforcia; María, marquesa de Monferrara; Baptista Malatesta e Isabetha, su hija; doña Isabel de la Cueva, condesa de Santisteban, y doña María Manuel, marquesa de Santa Cruz, su hija; Damisela; Genebria Ganuara; Ysota Nugarola; Angela Nugarola; Hipólita; Aurea; Gabriela; Elisabeth; Hildegardis; Rosvida; Simoneta; Eu-

(133) Cfr. M. A. BEL BRAVO: *La mujer en la historia*, 106-112.

doctas: Cornelia: Ptolema: Cornelia: Theodor: Mamma: Sapientissima o Erasmia y otras mujeres: Michale Centaur: Nicostira o Carmelia: Pitias: Temise: Teoclez: Patenis: Laura: Melanioniz: Aspasia: Leoncia: las Simias: Ana madre de Samuel: Maria hermana de Aaron: Oloz: mujeres doctas en gramática y griego, y otras lenguas, ultra de las ya nombradas en los capítulos precedentes: mujeres poetas, ultra de las ya dicitas en los precedentes capítulos: mujeres retóricas: mujeres filósofas: mujeres músicas: mujeres que supieron astrología: mujeres que supieron medicina (154): mujeres que supieron Sagrada Escritura (135): mujeres doctas en el arte de la pintura: mujeres que fueron inventoras de algunas cosas (136).

(154) Cita a mujeres expertas en el uso de hierbas medicinales.

(155) Nueva evidencia en este capítulo LX, dedicado a mujeres doctas en Escritura, la vida de la Madre Teresa de Jesús. Teresa sólo conoció a Binda indirectamente, a través de la Liturgia, los libros de piedad y los Sermones. Paradójicamente es una mujer docta en un tiempo marcado por una efervescencia ideológica en materia de política. Se refiere al Teresa en la obra preconizada por Erasmo que, en 1510, había postulado el retorno a la Biblia en la Escritura. Cf. J. ARVEN: «Quasi Teresa de Jesús in les Ecclésiastes», *Carmel*, N. 1964, 116-118. De otro lado, es la fecha que se imprimió ese libro de Peter de Nova, 1561, hace muy poco que había muerto la santa de Avila — el octubre de 1582. Este hecho demuestra que el libro de espiritual se extendió rápidamente. Por la rapidez y simplicidad del hecho recogido es que Nova dice de la Madre Teresa: «Aggravata de parente que fuit a la madre Teresa de Jesús, predicando occidit de la vida sus historias, y se propicia, que esta vida es de Espiritu, mas según la claridad de su fama, para perfecta y perfecta y perfecta de tener toda doctrina. Fue esta famosa mujer natural de la ciudad de Avila de noble prosapia, y de singular entendimiento y humildad. Desde su niñez determinó sacrificar a Dios su virginidad, y para poder hacer el mundo, y en cosas del siglo, según la regla, y religión primitiva de nuestra Señora del Carmen de los descalzos. Edificava casas con sus patrones, y otras, que se avia de hacer con aquel entendimiento que a servir a Dios, y a hacer el mundo se comprometiese por lo que se ofreció de amor y amor sólo que puede ser que esa religión hoy perdiera el fin, y tanto otro amor. No obstante de muchas virtudes de mucho valor, y singular. Era santa mujer singular y singular en su modestia de Navarra, Valencia, y Borgoña, y Avila, y otras partes, sustentada por la voluntad de Dios que esta glorificase, y darle el fruto de su trabajo se fue desde Avila a Avila, donde a Dios se dio de parte sus fin y amor a Dios, fin de Sermones con Francisco desde año de mil y quinientos, y ochenta, y tres, donde se a gran fama con los años del Señor. Estava en Avila una donna que caridad de sentir de oficio, y venir con se servidora, de amor, que se maravillaba, y daría gracias a Dios, legase a la desventurada Virgen y daría de todas las cosas a ella, y luego se este punto recibí el sentir de oficio que muchos años avia estado perdido. Acordose a una Religiosa devota de la madre Teresa de Jesús, que estaba muy enferma, que mandase los médicos de su casa, sus curas, y averiguase todo, y aplicase muchos remedios, y se buscaban algunos, pero que se diesen en juicio, y se a la madre Teresa de Jesús, y subitamente se poseyó de un amor, y con aquel. Predicando en su nombre en su confesión (frontera de singular doctrina) dijo que sabía cosa de su virtud, que se sabía otros trabajos de santa Catalina de Sena, y que esta religión se viera que se en los años de aver trabajado el Señor de atrevesar el espíritu, y averiguase sus patrones de terra, Dios.

Moya termina este capítulo de inventoras, y la obra entera, con un último elogio de las capacidades femeninas: «Concluamos este libro diciendo que considerando los antiguos el saber y habilidad de las mugeres figuraron las sciencias y artes liberales con figuras de mugeres, para declararnos ser ellas más aptas y capaces de alcançarlas que los hombres, porque son más dóciles y promptas para tomar consejo» (págs. 327v-328r). Por último, con el *Laus Deo* y la fecha, lugar y nombre del impresor, Moya da por finalizado este singular trabajo de recopilación sobre la vida de santas e ilustres mujeres.

## UNAS GIENNENSES PRECLARAS

La elaboración de este último libro dedicado a mujeres especialmente dotadas en el campo intelectual no hubiera sido posible sin el cambio de paradigma acerca de la consideración de las cualidades de la mujer en estos ámbitos. Esta mutación fue propiciada, en gran medida, por la influencia de Erasmo, a quien cita Moya en su obra. El de Rotterdam propugna una educación de la mujer sin poner barreras al conocimiento, incluyendo el aprendizaje de la cultura y de las lenguas griega y latina, exponentes de lo más consumado del saber de la época. Erasmo postulaba el desarrollo de los conocimientos femeninos para el mejor gobierno del hogar y la más óptima capacitación de la mujer como pedagoga de los hijos. A este caudal de encomio de lo femenino, se unen, además de Moya, otros exponentes como Juan de Espinosa, en su *Diálogo en laude de las mujeres intitulado Ginae-cepaenos* y Cristóbal de Acosta en el *Tractato en loor de las mujeres*.

---

que sabia muchas cosas della, que callava por no ser tiempo de dezirlas, que eran suficientes para canonizarla. Fue de tan singular saber, y prudencia, que los principales de España en sus acaecimientos tomavan su parecer y consejo. Dexas grandes cosas escritas de su mano, entre ellas una declaracion del Paternoster, y un libro sobre los Canticos, y otros tratados de meditacion, y contemplacion, y oracion, con mucha abundancia de cartas misivas de gran doctrina, y edificacion escritas a reyes, y otros señores. Lo qual saldra presto a luz a gloria y honra de nuestro Señor» (págs. 320r-321r). Sobre la vida y obra de la santa puede consultarse la magnífica obra de E. DE LA MADRE DE DIOS, y O. STEGGING: *Santa Teresa y su tiempo*, Ed. Universidad Pontificia de Salamanca (=Bibliotheca Salmanticensis), 3 vols., Salamanca, 1982-1984.

(136) Entre éstas cita particularmente a mujeres extraídas de la mitología, a las que se asignaba el origen de un oficio o arte. Por ejemplo, cita a Caia, inventora del labrar la lana; Pánfila que fue la primera que sacó del algodón material para tejer; Citia que fue la primera en beneficiar oro; Tritonia inventó el carro de cuatro caballos; Popea inventó el maquillaje; Femenoe, inventora del verso heroico; Safo inventó el verso sáfico y lírico; Corcirea inventó el juego de pelota; Ipermestros inventó la religión; Melpómene y Tesfóra, inventoras del canto y música acordada, etc.

Moya cita en el libro tercero y último de su obra, algunos casos de gienenses insignes en letras. No obstante, hemos encontrado menos ejemplos que en anteriores libros, pero igual de sabrosos. Los primeros están dedicados a ensalzar a damas naturales de la villa de Pérez de Moya. Éste no refiere un campo concreto en donde fueron destacadas, más bien elogia su talante vital. No obstante, las ensalza con gran prudencia y discreción, pues, al ser contemporáneas suyas y de noble alcurnia, no quiere parecer adulador. Así reza dicho capítulo: «De doña Ysabel de la Cueva Condesa de sant Estevan del Puerto. Dama de la Emperatriz doña Ysabel de gloriosa memoria, pudiera dezir grandes cosas: de su estimada sabiduria, y gobierno, y charidad, si no me temiera que diran, que la miro con ojos de vassallo, y que esto me haze parecer mayores sus merecimientos de lo que son, mas pues todos conocen su valor, no es necessario quererlo yo autorizar con palabras. Y esto mismo me mueve de passar si nombrar a la Excelente señora doña Maria Manuel, Marquesa de Sancta Cruz su hija, por parecerme ser mejor, honrrar con silencio, lo que con palabras no se puede dignamente alabar» (págs. 290 v-291r).

Entre las mujeres peculiarmente sabias, dotadas de especiales cualidades para la música, se cita a «Luciana del Castillo, natural de Ubeda muger de Christoval de Torres Maldonado, ultra de que se puede poner entre las mugeres Poetas, y doctas en lenguas» (pág. 317r).

Otra pequeña referencia a Jaén encontramos en el capítulo XLVIII de este libro, dedicado a mujeres peritas en lenguas clásicas. Moya afirma que «Maria de Saviote Maldonado, natural de Ubeda, es gran latina, y Griega, y se pueden en ella loar otras muchas habilidades, y virtudes, que por la brevedad dexo de dezir» (pág. 310v).

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos llegado al final de nuestro largo itinerario. Desde remotos siglos, con la ayuda de la mitología clásica y la Biblia, pasando por los primeros siglos de la primitiva Iglesia, hasta el mismo corazón de la Contrarreforma, Moya nos ha ido guiando por un corredor colmado de cientos de rostros femeninos. Con el de Santisteban, las biografías relatadas dejan de ser un mero acopio de vetustos datos para transformarse en lecciones vivientes, en páginas que hablan pidiendo un seguimiento. Moya quiere que los destinatarios de su monografía centren su atención en mujeres que han ocupado

todos los estados, que han cumplido los más variados servicios, que han alcanzado distintos puestos en el mundo y en la Iglesia. Son mujeres que han asumido papeles con valía sin igual de modo que, cualquier circunscripción que se haga de ellas, queda pequeña. Han sido mujeres que manejaron con igual destreza tanto la espada como la pluma, la rueca y el gobierno; mujeres que no se han arredrado ante peligros de alta talla; que han mostrado una intrepidez fuera de duda; que han sabido ser tanto esposas como madres; que han cumplido con los deberes hacia Dios y la caridad hacia los hombres; mujeres, en síntesis, de dilatados horizontes.

En las páginas de su obra, Moya, las ha rescatado de la niebla que, en muchas ocasiones, cubría su semblante. Y ellas han salido a la luz. Muchos nombres eran conocidos de sobra, otros han tomado cuerpo al calor de la pluma de Moya, que los ha dado a conocer. Y ellas, no han permanecido mudas. Por el contrario, han sabido hablar a las generaciones posteriores con el lenguaje del valor y la virtud, de la integridad y la doctrina. Por la magnificencia de su figura no aparecen como seres aplastados que reivindican su lugar. Más bien, y los casos de mujeres contemporáneas a Moya así lo afirman, son mujeres que viven la vida ordinaria con singularidad, en clave de hazaña, con libertad y capacidad de iniciativa para solucionar sus problemas, no importa el estado que tengan. Representan todo menos la pasividad o el amoldamiento a patrones preestablecidos. Ellas tienen valía en sí mismas, sin necesidad de dependencias atenazantes, o de aparecer como seres amaestrados. Más bien, son luchadoras, y luchan ante todo contra la rutina o la monotonía. Quizás lo que más detestan es que se las ponga como prototipos de esquemas fabricados a distancia de su muerte, que ni ellas mismas soñaron. Son mujeres que, en medio de su mundo, no se contentaron con una mediocridad usual, antes bien, destacaron porque supieron desarrollar, en su tiempo y en su espacio, el potencial de sus talentos sin hacer extorsión alguna, como paradigmas de seres reconciliados con su ser y quehacer.

Hemos visto mujeres prendadas por la sabiduría; otras seducidas por el mensaje de Jesús de Nazaret, Señor de la Vida y la Historia, que las emplazaba en la dignidad personal que Dios en su designio para ellas pensó. Moya nos ha suministrado el nombre y el valor de mujeres que han realizado el modelo heroico de la *imitatio Christi* en el martirio. En otros casos, sus vidas rebosan santidad por la conspicuidad de sus virtudes. No faltan mujeres que han escapado de la tutela de moldes patriarcales a través de la virginidad o el ascetismo, o de la viudez que las hacía libres porque las ponía

bajo el yugo liberador de una caridad sin límites. No podemos olvidar a aquellas mujeres que han gobernado más por méritos propios que por ser esposas de hombres constituidos en autoridad, o aquellas otras que fueron para sus hijos la mejor escuela, y para sus contemporáneos todo un espejo donde poder mirarse.

En definitiva, Moya no hace más que reafirmar que si la mujer secularmente fue objeto, en su obra, ha sido sujeto eminentemente activo; ellas han sido protagonistas, fundadoras o abanderadas de una civilización nueva con la novedad que da el amor que es, en definitiva, lo que las unifica a todas como exponentes del mismo en grado supremo. El amor las llevó a vivir lo cotidiano en tono de aventura, el amor las hizo dignas de la santidad, o las condujo por los caminos de la virginidad; por amor llegaron al matrimonio, a la maternidad, a mantener el estado de viudedad, a defender lo que creían justo y noble, a educar a sus hijos o a cultivar las artes más distintas, a ser primeras en tareas, sufrimientos y generosidad, a ser, no importa cómo o dónde, personas que perdiéndolo todo aparentemente, no hicieron más que ganar fama, nombre y eternidad.

Creemos que un autor que lega ese mensaje a la posteridad, no puede quedar recluido en los confines cronológicos del siglo XVI. Juan Pérez de Moya es una de las figuras más egregias que la noble tierra del Condado ha legado a la posteridad. La categoría del Bachiller Juan Pérez está pidiendo que nuestros jóvenes lo conozcan, que los estudiosos aprendan de su ejemplo los sabrosos resultados que se consiguen con la constancia en el trabajo y la honradez en el estudio. Su ciencia y sus escritos han logrado que su persona adquiriera tintes de perennidad. Su enseñanza, tanto en ciencias como en letras, sigue teniendo la frescura de lo imperecedero y la consistencia de lo bien hecho. Creemos que su nombre bien pudiera quedar impreso en las paredes de algún edificio de nuestra joven Universidad Giennense. Así, este hijo del Santo Reino seguiría en ejercicio, dictando con todo derecho sus lecciones a los que hoy continúan transitando por las sendas de la docencia, la investigación y la difusión de la cultura que, en nuestra Universidad, convergen en singular y lúcida armonía. Pensamos que éste sería el mejor paraje para albergar el nombre de este ilustre santistebeño que, de este modo, vería redimensionada su talla de hombre erudito, creyente y divulgador de las ciencias y las letras. ¡Ojalá que este deseo nuestro pronto se haga gozosa realidad!